

Cuentos de niños para niños

Cuentos ganadores del 3er Concurso Infantil y Juvenil de Cuento





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejera presidenta: BEATRIZ CLAUDIA ZAVALA PÉREZ

Consejeros electorales: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ

FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO

ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

CARLA A. HUMPHREY JORDAN

YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

NÉSTOR VARGAS SOLANO

Secretario ejecutivo: SERGIO JESÚS GONZÁLEZ MUÑOZ

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario:	OBDULIO ÁVILA MAYO
	Suplente:	JUAN DUEÑAS MORALES
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario:	MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
	Suplente:	GUSTAVO GONZÁLEZ ORTEGA
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario:	MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES
	Suplente:	FELIPE PÉREZ ACEVEDO
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario:	ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
	Suplente:	ADALID MARTÍNEZ GÓMEZ
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietaria:	ZULY FERIA VALENCIA
	Suplente:	MAURICIO GARCÍA PARKER
CONVERGENCIA	Propietario:	ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO
	Suplente:	HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA
NUEVA ALIANZA	Propietario:	ADOLFO ROMÁN MONTERO
	Suplente:	SARA PÉREZ ROJAS
PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA	Propietario:	FRANCISCO NAVA MANRÍQUEZ
	Suplente:	ANA KARINA SOLANO GÓMEZ

INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario:	AGUSTÍN CARLOS CASTILLA MARROQUÍN
	Suplente:	JORGE TRIANA TENA
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario:	JORGE FEDERICO SCHIAFFINO ISUNZA
	Suplente:	MARTÍN CARLOS OLAVARRIETA MALDONADO
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario:	JUAN CARLOS BELTRÁN CORDERO
	Suplente:	ISAÍAS VILLA GONZÁLEZ
NUEVA ALIANZA	Propietario:	XIUH GUILLERMO TENORIO ANTIGA
	Suplente:	GLORIA ISABEL CAÑIZO CUEVAS
COALICIÓN PARLAMENTARIA SOCIALDEMÓCRATA	Propietario:	RAÚL ALEJANDRO CUAUHTÉMOC RAMÍREZ RODRÍGUEZ
	Suplente:	LEONARDO ÁLVAREZ ROMO
COALICIÓN PARLAMENTARIA DE IZQUIERDAS	Propietario:	JUAN RICARDO GARCÍA HERNÁNDEZ
	Suplente:	ENRIQUE PÉREZ CORREA

Cuentos de niños para niños

Cuentos ganadores del 3er Concurso Infantil y Juvenil de Cuento

Vol. 3



COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES

Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Diseño y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Ilustración: Manolo Arriola

Autores: Iván Maximiliano Anaya, Alexandro Alfredo Prieto Azcárate, Rita Marisol García Mandujano, Víctor Rubén Pérez Olaya, Adriana Valeria Ortega Chimal, Paulina Joanna Pardo Gil, José Luis Almaguer Zavala, Patricia del Carmen Pérez Correa.

D.R. ©Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2008

ISBN: 978-607-7582-11-3

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-74-8

Índice

Primera categoría

- El misterio de la mascota desaparecida, 7
- Resolviendo problemas, 25
- La señora del agua, 37

Segunda categoría

- Jerimpatría, 55
- La democracia y otros cuentos, 69
- El otro planeta (Niñópolis), 83

Tercera categoría

- El mirar de Graciela, 97
- Hablando se entiende la gente, 113

El misterio de la mascota desaparecida

Iván
Maximiliano
Anaya

Primera categoría, primer lugar



ARRERDON

Ahí vamos de nuevo... Había una vez... no, no, mejor nos saltamos esa parte. ¡Ups!, lo siento, no me he presentado, mi nombre es Martín, tengo 11 años y trabajo en la ARRFPM (Agencia de Respuestas Rápidas y Fáciles para Problemas Difíciles y Misteriosos) y voy a contarles uno de los casos más interesantes de mi larguísima carrera: el caso de la mascota desaparecida...

Hace algunas semanas me disponía a descansar después de haber resuelto el caso del "Fantasma de la torta", cuando al cuartel general llegó Alejandra... (¡la niña más bonita de la escuela!) a pedir ayuda para encontrar a su preciosa perrita chihuahueña. Cuando la recibí, me explicó que el día anterior salió a la tiendita de don Anacleto con "Didí" su perrita, y mientras que ella compraba la última caja de "Mega galletas de chocolate", su perrita ¡desapareció!

Me pareció un caso muy sencillo y decidí aceptarlo para conquistar a Alejandra (aaaaaaaah). Nunca me imaginé que iba a tener que aplicar una de las primeras reglas que el director de la agencia (mi papá) me enseñó: —puedes lograr todo lo que te propongas, sólo esfuérzate que tus límites son el cielo y tu imaginación...

Empecé, como era lógico, por hacer una lista de sospechosos... ¡no tenía ninguno!; entonces hice lo que siempre hacía en estos casos: gritar como loco y pedirle ayuda al director de la agencia. Al llegar a su oficina, lo encontré en junta con la tesorera de la agencia (mi mamá), y fue ella quien me dio la idea para dar el primer paso en mi investigación, al decirme: —¡ay, hijo!, ¿por qué siempre estás metido en problemas que no son tuyos?, ¡eres igualito a tu papá!. ¿Por qué no le dices a tu amiguita que le pregunte a don Anacleto si vio para dónde se fue su perrita? ¡Ah!, y dile también que si tiene una fotografía de “Fifí” se la enseñe a don Anacleto para que se acuerde mejor, y si la acompaña me traes por favor un kilo de huevo y un litro de leche.

Me pareció una idea excelente la de aquella mujer que ni siquiera podía recordar el nombre de la perrita, así que salí de inmediato a la casa de Alejandra para pedirle una fotografía de “Didí”. Después de algunos recuerdos y muchas lágrimas por fin obtuve la fotografía; salí corriendo a enseñársela a don Anacleto. Desgraciadamente no pudo recordar si la había visto ese día, pero me aconsejó que hiciera carteles con la fotografía y los datos de “Mimí”. Llegué a la conclusión de que la tesorera de la agencia no era la única que no podía recordar el nombre de la perrita. Aun así, su idea me pareció muy buena y pensé en pedir ayuda al resto de los agentes; y se me ocurrió que el mejor lugar para encontrarlos a esa hora era el parque y fui rápidamente hacia allá.

Cuando al fin pude reunir a todos los agentes, les conté el caso en el que estaba trabajando y les pedí ayuda. Ellos aceptaron de inmediato porque les ofrecí compartir con

ellos la caja de “Mega galletas de chocolate” que iba a recibir como recompensa por encontrar a “Didí”. Todos estábamos tan entusiasmados por recibir la recompensa, que sin darnos cuenta todos hablábamos al mismo tiempo, porque teníamos muchas ideas y de pronto algunos agentes comenzaron a pelear porque pensaban que su idea era mejor que la de los demás y querían hablar primero, por lo que decidí actuar de inmediato organizando a los agentes para poder escuchar todas las ideas y decidir entre todas las mejores. Eduardo me ayudó a separar a los agentes que peleaban y se ofreció para escribir todas las ideas, para que al último pudiéramos votar para escoger de manera justa las mejores. Les pedí a los agentes que tuvieran alguna idea que levantaran la mano, y me sorprendí mucho cuando vi que todos querían participar, así que todos hablaron por turnos:

Omar sugirió que pusiéramos un plato de croquetas en la entrada de la tienda de don Anacleto, para que “Didí” fuera a comer y así pudiéramos recuperarla.

Chuchito dijo que él podía llevar a su perrito chihuahuero para que con sus ladridos llamara a “Didí”.

Rodrigo dijo que podíamos tocar en las puertas de las casas de los vecinos que vivían cerca de la tienda, para preguntarles por “Didí”.

Luisa dijo que su papá era veterinario y conocía a los encargados de la perrera, así que podía llevarnos allí para buscar a “Didí”.

David dijo que no debíamos olvidar la idea de los carteles, porque era muy buena.

Iván dijo que podíamos preguntar a los niños que estaban en ese momento jugando en el parque.

Paty dijo que todos los agentes estaban invitados a festejar su cumpleaños el viernes (¿?).

Paola dijo que teníamos que apurarnos a votar para poder hacer todo antes de la hora de la comida, porque después tenía que hacer tarea y no podía ayudarnos.

Después de una rápida votación, escogimos las cuatro ideas que nos parecieron mejores, por lo que Luisa propuso organizarnos en pequeños grupos para hacerlas todas al mismo tiempo y acabar antes de la hora de la comida. Después de platicarlo rápidamente, decidimos que cuatro de nosotros iban a tocar en las casas de los vecinos, mientras que los otros seis, divididos en tres grupos de dos, íbamos a trabajar en las demás ideas y que además, para mayor seguridad, íbamos a pedirles ayuda a nuestros papás.

Para formar los grupos de manera justa decidimos poner papelitos con el nombre de cada agente en una bolsita (del *lunch* de Chuchito), de donde yo sin ver los iba a ir sacando para que Eduardo los fuera anotando en orden para formar los cuatro grupos, que quedaron así:

Grupo 1 (preguntar a niños del parque), Rodrigo y David

Grupo 2 (hacer carteles y pegarlos), Chuchito y Paola

Grupo 3 (buscar en la perrera), Luisa y Omar

Grupo 4 (preguntar en las casas de los vecinos), Martín, Eduardo, Paty e Iván

Ya formados los grupos, todos nos pusimos a trabajar y, en menos de una hora, el grupo 1 se encargó de interrogar a todos los niños que en ese momento estaban jugando en



¿ME HAS VISTO?
ME LLAMO DIDI,
SOY UNA PERRITA
CHIHUAHUEÑA ME
PERDÍ EL PASA-

el parque, sin conseguir alguna pista del paradero de "Didí". El grupo 2 ya había diseñado los carteles, los había fotocopiado con la ayuda de los papás de Omar, que también los acompañaron a pedir permiso para pegarlos en la panadería, la tortillería, el salón de belleza, la ferretería y la tienda de don Anacleto, además de pegarlos en los postes más cercanos a la tienda. El grupo 3 ya había revisado la perrera, en donde se sorprendieron de encontrar a tantos perros tan bonitos, juguetones y amigables, pero ninguno se parecía a "Didí".

Mientras, los del grupo 4, en compañía del director de la agencia, nos encargábamos de preguntar por “Didí” en las casas cercanas a la tienda de don Anacleto. Ya casi habíamos perdido toda esperanza cuando llegamos a una casa pintada de amarillo, con un hermoso jardín y una pequeña cerca blanca. Tocamos la puerta y salió una señora a la que le dijimos que el motivo de nuestra visita era el de preguntarle si había visto a una perrita llamada “Didí” y le mostramos la fotografía que llevábamos. Ella se puso muy nerviosa y nos dijo que nunca la había visto y que no le gustaban los perros, nos pidió que dejáramos de molestarla porque estaba muy ocupada en algo que sí era importante, y nos cerró la puerta en la cara. Muy desanimados por la respuesta que acabábamos de recibir de la señora, y ya sin ninguna esperanza, decidimos regresar a nuestras casas esperando que a los otros grupos les hubiera ido mejor, cuando de la casa amarilla salió corriendo una niña muy pálida y delgada, que tenía la cara llena de lágrimas, y nos dijo con voz muy baja y triste: —Yo tengo a “Chiquis”.

—¿A quién? —exclamamos todos al mismo tiempo.

—A la perrita que andan buscando, la de la fotografía que le enseñaron a mi mamá.

De repente, Chuchito le preguntó: —Oye, ¿acaso no eres tú María, la niña que está en la lista de nuestro grupo y que nunca ha ido a clases? —Ella, todavía más triste, movió la cabeza para decir que sí.

Todos estábamos sorprendidos porque, además de que acabábamos de encontrar a “Didí” (“Chiquis”), al fin podíamos conocer a la compañera que nunca había ido a la escuela y de la que todos contábamos historias, ya que creíamos que era un fantasma. De pronto ella siguió hablando y nos contó que el día anterior que regresaba a su casa después de ver al doctor (ella tenía un grave problema de asma), su mamá vio que había una pequeña perrita temblando en un rincón del jardín, y al acercarse, a ella le dio tanta ternura que decidió adoptarla, al menos hasta que apareciera su dueño, pero se había encariñado tanto con ella que hasta un nombre le había puesto: “Chiquis”, y que su mamá le había pedido que hiciera letreros que dijeran que había encontrado a la perrita, la raza y el color de “Chiquis”, pero también nos contó que, con la lluvia que cayó, todos los letreros que ella había puesto se arruinaron o se cayeron... —Entonces mi mamá me vio tan feliz que dijo que podíamos conservarla porque “Chiquis” tenía el

pelo muy corto y esperaba que no me hiciera daño.

María nos pidió que la esperáramos, que iba a traernos a “Chiquis”, entró a su casa y salió con ella. Todos notamos que “Didí” estaba mucho más gorda que en la fotografía que nos dio Alejandra. María se despidió de ella y me la entregó; cuando la cargué me di cuenta de que estaba muy pesada para su tamaño. María nos dijo llorando mucho: —Cuídenla mucho, por favor, es la única amiga que he tenido —y se metió a su casa muy rápido.

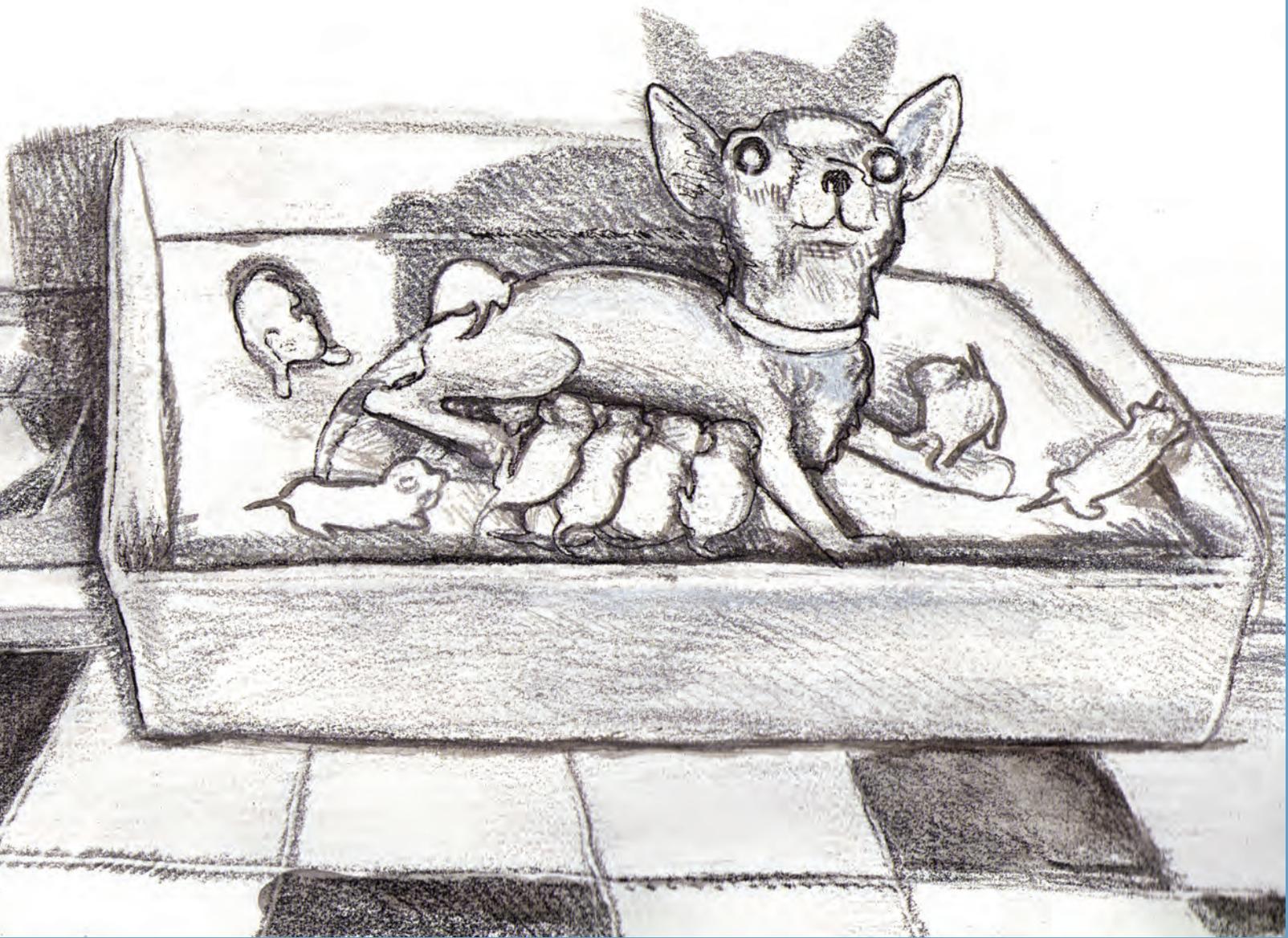
Regresamos muy callados y pensativos al cuartel general, en donde reunimos a todos los agentes y después llamamos a Alejandra, para regresarle a “Didí” y cobrar nuestra recompensa. Alejandra estaba feliz al encontrar por fin a “Didí”, y entonces nos contó que estaba tan preocupada por ella porque iba a tener perritos y no quería que nacieran en la calle o en la casa de alguien que no se diera cuenta o que no la cuidara o la maltratará a ella y a sus bebés.

Después de cobrar y repartir la recompensa, todos estábamos tan tristes por María, que ni siquiera pudimos comer nuestras “Mega galletas de chocolate”, así que decidimos regresarlas a la caja para comerlas

otro día. En ese momento tocaron en la puerta del cuartel general. Era la mamá de María, que se veía muy apenada, y nos dijo: —Lamento mucho haberles mentido y haber sido tan grosera con ustedes; hoy mi hija me dio una lección de nobleza y de honradez al devolverles a la única amiga que ha conocido en toda su vida. Nunca la había visto tan feliz... —se disculpó nuevamente y nos dio una caja de “Mega galletas súper esponjosas de vainilla” y se fue.

Todos estábamos muy confundidos y tristes y, después de mucho pensar, se nos ocurrió invitar a Alejandra ya María a ser miembros de la agencia. Cuando se lo propusimos, ellas aceptaron felices y todos nos convertimos en amigos inseparables. Poco tiempo después, nacieron los cachorros de “Didí”; ¡fueron doce! (con razón pesaba tanto). Alejandra nos propuso que cada miembro adoptara a un cachorro, y su idea ¡nos encantó! Bueno, no a todos; al principio el director de la agencia se opuso, pero al conocerlos y jugar un buen rato con ellos, por fin aceptó. Iván propuso entonces formar una división especial en la agencia con el nombre clave de “Agentes Caninos” y su propósito sería el de ayudar a to-





dos los perros desamparados que pudiera. El primer paso fue el de hacer votaciones para elegir al agente que iba a estar al mando de esta división y todos coincidimos en que debía de ser María. Después dimos ideas de las misiones que esta nueva división tendría que hacer:

Paola dijo que se podría encargarse de poner anuncios en varias escuelas, con las fotografías de los perros que iban a ser sacrificados en la perrera, por si alguien quería adoptar a alguno.

Omar dijo que podrían trabajar reuniendo periódico y latas, para obtener dinero y así comprar alimento para perros sin hogar.

David dijo que podían hacer folletos en los que invitaran a otros niños a cuidar bien de sus mascotas, para que no tuvieran más perritos que después echaran a la calle.

Luisa dijo que podían pedir al veterinario (su papá) que fuera a dar pláticas a la escuela y al parque sobre las vacunas, desparasitantes y todos los cuidados que necesitan las mascotas más comunes.

Rodrigo dijo que también podíamos pedirle al veterinario que hiciera algunos descuentos especiales en consulta, vacunas, alimento, desparasitantes, accesorios (camas, collares, placas, etc.) a todas aquellas personas que adoptaran perros a punto de ser sacrificados en la perrera o callejeros.

Alejandra dijo que podían formar un club que se reuniera todos los fines de semana y en vacaciones con las personas de la colonia y sus perros, para intercambiar consejos para educarlos, jugar, inventar nuevos trucos y todo lo que se les ocurriera.

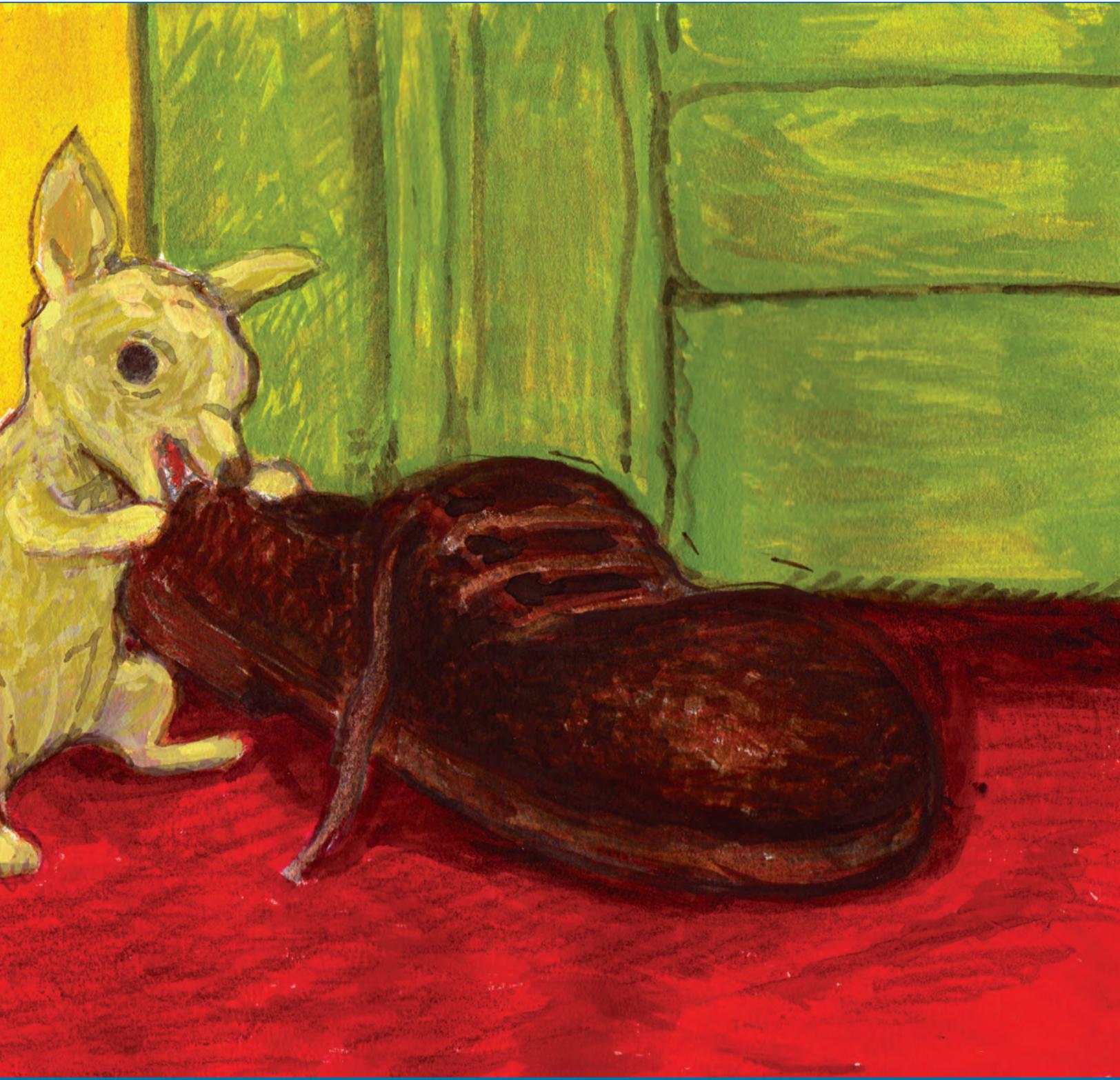
Todos los agentes estuvimos de acuerdo con todas las misiones, y de esta forma quedaba más que resuelto el caso de la mascota desaparecida.

Por ahora estoy temporalmente retirado del servicio, ya que me encuentro entrenando a mi nuevo, audaz, feroz y valiente compañero de aventuras: "Hércules"...

—¡¡¡¡"Hércules", no te hagas pipí en la sala!!!!

—¡¡¡¡"Hércules", deja los zapatos del director!!!!





Resolviendo problemas

Alexandro
Alfredo
Prieto
Azcárate

Primera categoría, segundo lugar





Un grupo de amigos platicaba de regreso a casa:

—¿Por qué Martín tiene que ser el portero del equipo?

—¡Fácil, Tecolote!, porque es el sobrino de don Ángel, el dueño del terreno en que jugamos.

—Pues sí –dijo Matías–, pero a mí me parece que es un mal portero, aparte de que a cada rato nos insulta y critica nuestra forma de jugar.

En el camino se encontraron a Carlita y Amalia, vecinas también:

—¿Cómo les fue el partido, chicos?

—Muy mal, Carlita, nos metieron tres goles.

—¡Qué lástima! –dijo Amalia–, si yo pudiera jugar con ustedes, verían que nadie nos lograría ganar.

—Pues sí –dijo Tecolote–, pero Martín dice que se prohíben mujeres en el equipo.

—Lo dice porque soy mejor portera que él, ¿no creen?

—¡Claro! –responden todos riendo.

—¿Por qué no formamos nuestro propio equipo? –propuso Tecolote.

—¿Y dónde jugaríamos? —preguntó Ramiro—, ¿en la calle? Ya ves que la última vez rompimos la ventana de la señora Edna; acuérdense de que mi mamá tuvo que pagar la mayor parte porque yo fui quien pateó la pelota, y me gané un castigo de dos semanas sin poder ir a jugar fútbol. Además hay que estarse quitando si pasan coches, algunos vienen rápido y es peligroso aunque esa calle es muy tranquila.

—¡Mmmmmmm! Vamos a pensar qué podemos hacer entre todos —propuso Tecolote— mañana nos vemos.

—¡Adiós!, ¡hasta mañana! —y todos se fueron a su casa.

Al día siguiente se reunieron los amigos a la hora del recreo:

—¿Qué pensaron, amigos? —preguntó Tecolote.

—Yo pensé que podemos jugar en el estacionamiento del supermercado, en donde casi nunca se estacionan los coches, aunque sea un ratito después de la escuela —dijo Matías.

—Mmmmmmm, a mí no se me hace tan buena idea —comentó Carlita, y los demás movieron la cabeza con desaprobación—, yo pensé pedirle permiso a mi mamá y jugar en el jardín de mi casa, pero luego pensé en





que podemos dañar sus rosales, ¡la buganvilia! Y ahí sí estaríamos en serios problemas.

—¿Y tú en qué pensaste, Tecolote? —le preguntó Ramiro.

—Pensé que podemos rentar una hora a la semana la cancha de fútbol que está cerca de aquí; nos tocaría como a 30 pesos a la semana por cada uno si al menos fuéramos seis en el equipo; si conseguimos más jugadores, seguramente nos saldría más barato.

—¡Ahhh, sí! ¿Y con qué dinero?, ¡ubícate, Tecolote, sólo tenemos nueve años!, ¿cómo lo vamos a conseguir? —le preguntó Ramiro a Tecolote.

—... ¡Con nuestros domingos! —dijo muy seguro Tecolote.

—Síiiiiiii, ¡cómo no! Yo tengo cuatro hermanos —comentó Matías— ¿creen que recibo domingo?, no todos lo recibimos.

—Es verdad, Matías, no había pensado en eso.

—¡Ya sé! —dijo Amalia entusiasmada— yo puedo hablar con mi papá, contarle de nuestro plan y quizás Matías y Ramiro podrían ayudarle una tarde a la semana en la ferretería, acomodando mercancía o atendiendo el teléfono. Así conseguirán el dinero; mi papá siempre comenta que necesita manos extras.

—Esa es una buena opción, habría que preguntarle a nuestros papás si nos dan permiso; tal vez tendremos que comprometernos a no descuidar las tareas de la escuela. ¡¡¡Todo sea por el futbol!!! —dijo Ramiro haciendo una mueca.

—A quienes le parezca buena idea la renta de la cancha, alcen la mano —propuso Carlita, y todos alzaron la mano—

¡de acuerdo entonces! Mañana tendrán que ir a avisarle a Martín que ya no jugarán con él... ¡qué miedo! –dijo haciendo caras graciosas.

Al día siguiente, antes de que comenzara el partido en el terreno de don Ángel, los chicos comenzaron a hablar con Martín:

—Hemos decidido formar un nuevo equipo... ¿verdad, Tecolote?

—¿Y eso por qué? –preguntó extrañado Martín.

—Pues porque tú no admites niñas en el equipo, porque siempre juegas de portero aunque te metan muchos goles y porque nos molesta que nos hablas a puros gritos –le dijo Tecolote a Martín.

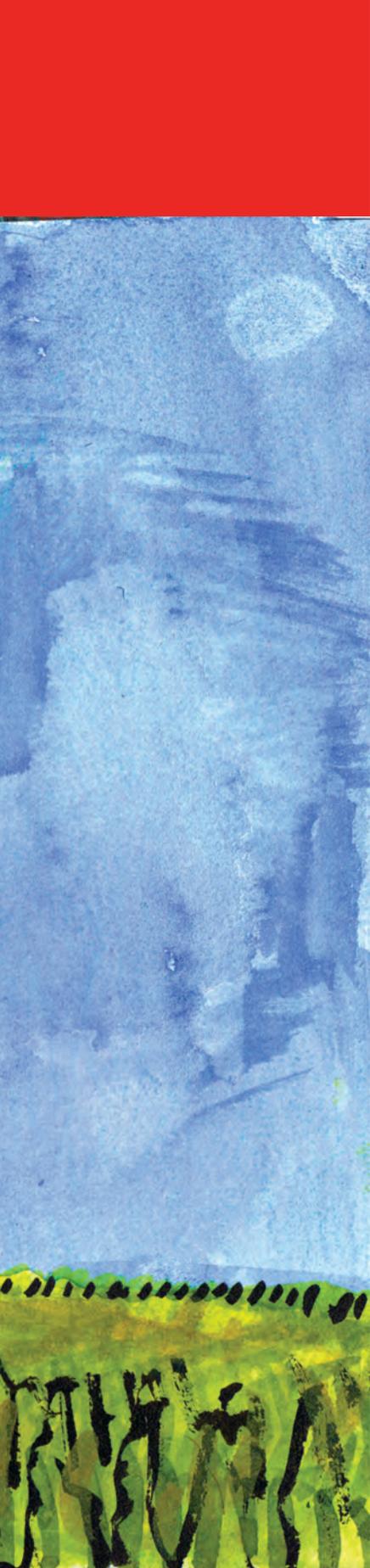
—¡¡¡Ahhh, sí!!! –les dijo Martín—. ¿Y dónde van a jugar?, mi tío no les va a prestar el terreno si yo no lo quiero.

—Pues de eso nosotros nos encargaremos –le dijo Tecolote a Martín– ahora lo importante será decidir quién se quiere ir a nuestro equipo. Así que piensen bien, chicos, y levanten la mano los que se quieran ir con nosotros. De entrada somos Carlita Vega, Amalia *La Pecas*, Ramiro, Matías y yo; a lo mejor también entra mi primo Enrique, que ya lo conocen, él juega bien de delantero, hoy voy a hablar con él.

Todos los niños que estaban ahí vieron cómo Martín respiró profundo, apretó los puños y dijo:

—Pues a ver, chavos, ya lo dijo Tecolote, ¿quién se va a ir con ellos y quién se queda?, ustedes son libres de decidir. Pero rápido porque estamos perdiendo tiempo de juego y se hace tarde.





Así, tres chavos más se unieron al nuevo equipo. Todos se despidieron de Martín.

—Y ya veremos —dijo Martín cuando los demás se fueron—, quizás algún día jugaremos un partido amistoso. ¡¡Prepárense bien, ehh!!

Les costó mucho trabajo poder organizarse porque todos querían la misma posición, todos hablaron y dijeron quién era mejor para jugar en qué posición. Siempre que existía una diferencia se sentaban, platicaban y si era necesario lo ponían a votación para lograr un acuerdo.

Amalia sí resultó ser muy buena portera, ¡¡hasta los cañonazos paraba!! Y a Carlita a veces le tocaba estar en la banca esperando turno como a otros dos o tres más, pero veía bien las jugadas y había veces que los corregía; su mamá siempre los llevaba a todos en su camioneta y les repartía agua de sabores al final de cada partido.

Enrique, el primo de Tecolote, también entró al equipo. El papá de Enrique les consiguió playeras iguales para todos porque le pareció grandioso que Enrique fuera a jugar fútbol en vez de los videojuegos.

Ellos ponían el dinero para rentar la cancha una o dos veces por semana, y cuando acababa el partido ayudaban al encargado a limpiar la cancha para que él no tuviera tanto trabajo.

Cuando terminaba cada partido, aunque estaban todos sucios y sudados, se abrazaban.







La
señora
del
agua

Rita
Marisol
García
Mandujano

Primera categoría, tercer lugar



Quiero contarles lo que le pasó a una niña llamada Lupita.

Una mañana Lupita se estaba bañando y como le gustaba cantar en la regadera entonaba la siguiente canción que ella inventó: El agua es bonita, lalala, limpia mi cuerpo, lalalalala, me hace feliz, lalala, hace que huelga muy bonito...

Y de pronto en la regadera se empezó a formar en el chorro del agua la figura de una mujer muy pequeña y transparente. De la figura salió una vocesita que le dijo:

—¿Niña, tú me llamaste?

Lupita de la sorpresa se quedó sin hablar; las palabras no le salían. Después de algunos instantes se atrevió a preguntar:

—¿Quién eres?, ¿qué haces aquí?, ¿qué quieres?...

La mujer pequeña contestó:

—Soy la señora del agua.

Lupita se secó los ojos, los cerró y los volvió a abrir muy asombrada (no podía creer lo que veía) y pensó que era sólo su imaginación y que estaba soñando.

Entonces la señora del agua le dijo:

—Cuando alguien canta una canción del agua es como si me llamara, por eso es que estoy aquí y puedo contestar cualquier pregunta que me hagas así como concederte tres deseos.

Lupita no sabía qué contestar así que se secó con su toalla, se vistió y salió del baño cuidando que nadie la viera porque temía que la oyeran hablar con la señora del agua y pensarán que se le había zafado un tornillo.

Lupita se dirigió a su cuarto y la señora del agua junto a ella –como flotando.

La señora del agua al ver que Lupita se escondía en su cuarto para que nadie las viera le comentó con un susurro:

—No te preocupes porque nadie más puede verme ni oírme, sólo tú puedes porque me llamaste con tu canción.

Lupita le dijo con una voz muy bajita:

—¡Ahhh! ¿Estás segura? Es que quiero preguntarte muchas cosas.

Y con mucha seguridad la señora del agua le dijo:

—Pues pregúntame lo que quieras.

Lupita se quedó pensativa y después de un rato preguntó:

—Si tú eres tan importante para el mundo, ¿por qué hay lugares en donde el agua es muy escasa y a veces ni siquiera la hay?

La señora del agua le contestó:

—Es cierto, mucha gente me necesita para poder vivir pero no me respetan, no me cuidan y me desperdician.

Mientras platicaban, la mamá de Lupita interrumpió con un grito:

—¡Lupiiiiiiiiita! ¡Apúrate hija, que se te va a hacer tarde para ir a la escuela! ¿Pues qué tanto haces niña?

Lupita dio un salto, miró a la señora del agua y dijo:

—Oye tú, señora del agua o como te llames, me tengo que ir a la escuela y tú no te puedes quedar aquí, debes irte; desaparece porque ¡si mi mamá te ve, se desmaya! Además no puedes ir conmigo.

La señora del agua aclaró indignada:

—¡Oye!, yo tengo nombre. Mi nombre es Agüinina y

además sí puedo ir contigo porque ya te dije que nadie puede verme, sólo tú.

Lupita apurada le dijo:

—Entonces ya vámonos porque si no, no voy a llegar a la escuela.

Lupita y Agüinina se fueron caminando y de cuando en cuando Lupita volteaba a su alrededor para ver la reacción de las demás personas y saber si es que realmente no podían ver a Agüinina.

Lupita le dijo en voz baja:

—No me hables cuando haya alguien cerca.

Agüinina dijo:

—¿Pero por qué?

Lupita:

—Porque ya te lo he dicho nadie debe saber de ti, además si la maestra me ve que estoy distraída me llamará la atención.

Agüinina:

—Está bien, está bien, voy a tener que permanecer callada –lo dijo con pesar, ya que era bastante parlanchina y las palabras le salían como las gotas de agua–.

La maestra entró al salón, la mañana transcurrió en silencio. A la hora del recreo, Lupita salió corriendo al patio seguida de Agüinina (a su amiga Karla se le hizo raro que no la esperara).

Lupita dijo:

—Agüinina, quiero que me ayudes a hacerles algunas bromas a mis compañeros aprovechando que no pueden verte.

Agüinina le contestó:

—¡Uff, qué bueno, ya empieza la diversión! Yo ya me estaba aburriendo allá adentro. Está bien, ¿cuál es el plan?

Así que Agüinina le quitó la goma a Jorge y se la pasó a Carlos, le tocó la espalda a Lorena, el almuerzo de Pepe se lo pasó a María, y en un rato se armó un alboroto y se acusaron unos a otros.

Lupita no podía controlar la risa por lo que la maestra se dio cuenta y le mandó un reporte por andar haciendo travesuras.

Dio la casualidad de que ese día no hubo agua en la escuela, así es que suspendieron las clases. Lupita llegó temprano a su casa y se encerró en su recámara. Ella estaba impaciente por hablar con Agüinina.

Lupita dijo:

—¡Me encanta que seas mi amiga, eres muy divertida! ¿Sabes?, estaba pensando lo importante que eres, porque sin agua muchas cosas no se pueden hacer, empezando por que hoy no tuvimos clases porque no hubo agua. Hay veces que aquí donde vivo el agua es escasa; ni para hacer la limpieza en la casa ni lavar los trastes ni lavar la ropa ni bañarnos. ¡Deberías de ver qué genio trae mi mamá cuando no hay agua! Así que pienso que eres muy importante y no comprendo por qué desperdiciamos tanta. Fíjate que el otro día –dijo Lupita– andábamos mi mamá y yo por las Lomas de Chapultepec; varias personas lavaban sus autos con manguera y salían chorros de agua; yo me atreví a decirle a un señor: “¿Por qué desperdicia el agua?”. El señor me contestó: “¡A ti no te importa, niña, porque yo tengo mucho dinero, así es que yo puedo pagar todo lo que me cobren!”. Así es que seguí caminando y pensando: “esto no es posible, no es justo, por que mi tía que vive en Iztapalapa no tiene ni una cubeta de agua”. ¡Esto es terrible! ¿Qué podemos hacer, Agüinina?

—Todos los adultos, los niños, deben ayudar a la comunidad para que el agua no se acabe y se use de la mejor manera y así todas las personas puedan tener agua –dijo Agüinina.

Lupita le expresó angustiada:
—Pero no sé cómo hacerlo ¡Es muy difícil!, ¡es muy difícil!

Agüinina:

—Por ejemplo: puedes decirles a tus compañeros de la escuela lo importante que es el agua, que deben tener conciencia de que hay que cuidarla y no desperdiciarla, puedes pedirle a tu maestra que les explique a tus compañeros la importancia del agua.

Un poco tímida Lupita le dijo a Agüinina:

—Es que yo sigo teniendo muchas dudas. ¿Puedes ayudarme a entender más cosas?

Agüinina dijo entusiasmada:

—¡Claro que sí! Mira, Lupita, cuando tú pienses en ayudar en algo a tu comunidad va a aparecer en tu mano una perla blanca que te va a indicar qué es lo que debes hacer. Cuando no quieras ayudar y además hagas algo malo a tu comunidad, entonces va a aparecer en tu mano una perla negra que te va a decir: “ ¡no ayudes, sé indiferente, haz mal a los demás, perjudica a todos los demás!”. En fin, todo lo contrario a lo bueno.





Lupita dijo:

—Quiero probar si lo que dices es verdad.

Lupita cerró los ojos un momento, en silencio y pensando, enseguida los abrió, vio su mano y en verdad vio una perla blanca. Empezó a gritar muy emocionada:

—¡Es cierto, es cierto, Agüinina!

Agüinina:

—Dime ¿qué pensaste, Lupita?

Lupita:

—Pensé que me gustaría ayudar a mi comunidad a resolver los problemas que haya.

Agüinina:

—Por eso apareció en tu mano una perla blanca; ahora lee lo que dice.

Lupita acercó un poco más a sus ojos la perla y vio lo que estaba escrito en ella y decía: “También los niños pueden ayudar a su comunidad a resolver problemas. Tienen derecho a que sean tomados en cuenta y también a que se les respete”.

Agüinina:

—¡Ya ves, Lupita, que sí es cierto lo que te dije!

Lupita decidió pensar en una pizza a ver si aparecía una en sus manos; mucho tiempo estuvo pensando y pensando pero nunca apareció la pizza.





Entonces mejor decidió pensar en lo que no debe ser: “no quiero ayudar a nadie, en nada voy a participar”. Entonces de pronto en su mano apareció una perla negra y leyó el mensaje: “Que a ti nada te importe, no participes en tu comunidad y nunca votes”.

Lupita sacudió la cabeza y dijo:

—¡No, no! No voy a pensar cosas malas, mejor deseo que en mi mano aparezcan perlas blancas, por eso sólo voy a pensar en lo bueno, eso es lo único que yo deseo hacer.

Lupita dijo:

—También quiero preguntarte, ¿qué es democracia?

Agüinina:

—Acuérdate, Lupita, que en la clase de hoy la maestra dijo que la democracia surge de las decisiones del pueblo.

Confundida, Lupita dijo:

—Explícame otra vez que no entiendo...

Agüinina:

—Mira, Lupita, en la democracia lo que la mayoría de un pueblo decida es lo que se va a hacer y se logra por medio de una votación.

Lupita:

—¡Ahhhh, ahora ya entiendo! Cambiando de tema, Agüinina, tú dijiste que me

concederías tres deseos. ¿No es así?

Agüinina:

—Sí, claro que sí, pero dinero no concedo ni autos ¿eh?

Lupita pensó su primer deseo y le dijo:

—¡Mmm, no lo sé! ¡Ahh ya sé...! ¡Deseo que la democracia sea también para los niños, no sólo para los adultos!

Agüinina:

—¡CONCEDIDO!

Lupita:

—¡Deseo que todas las personas de mi país puedan elegir la mejor manera de usar y cuidar el agua para que todas las personas puedan usarla, sin importar si tienen dinero o no!

Agüinina:

—¡CONCEDIDO!

Lupita se quedó pensando un largo rato porque sabía que era su último deseo; después de pensar mucho le dijo a Agüinina con una gran sonrisa:

—¡Deseo un helado doble de fresa con chispas de chocolate!

Agüinina hizo aparecer un gran helado.

Lupita le dijo:

—Agüinina, me encantaría compartir este helado contigo, porque eres una gran amiga y me has enseñado muchas cosas.

Agüinina le contestó:

—Gracias, Lupita, tú también eres una gran amiga y tienes un gran corazón.

Juntas compartieron el helado y una vez que se lo terminaron Agüinina se despidió y Lupita tristemente le dijo:

—¡No te vayas! ¡No te vayas, Agüinina!
¡Quédate conmigo!

Agüinina le dijo que ya se tenía que ir porque tenía mucho que enseñar a más niños, pero que la podía recordar siempre, cantando la canción de la señora del agua.

Agüinina le sonrió a Lupita, con su mano le dijo adiós y de pronto sólo explotó como una burbuja y desapareció.

Lupita despertó cuando su mamá le dijo:

—¡Lupita, despierta ya porque se te va a hacer tarde para ir a la escuela!

Lupita miró su mano a ver si tenía alguna perla, pero lo que encontró fue una burbuja y de pronto explotó en su mano.





Jerimpatria

Víctor
Rubén
Pérez
Olaya

Segunda categoría, primer lugar



Cuando vio Jorge a sus amigos jugando futbol en el parque corrió hacia ellos.

—¡Hey! ¡Muchachos, vengan!

—¡Ven tú! ¡Nosotros estamos jugando!

Jorge se apresuró a alcanzarlos.

—¿Ya saben que van a quitar las canchas de futbol para hacer un edificio?

—¡No inventes! ¿Dónde vamos a jugar futbol?

—Mi mamá nos corrió el otro día porque rompimos los vidrios de la cocina.

—Y don Alberto nos correteó con su bastón, porque Poncho le dio un pelotazo.

—Ni me recuerdes, porque todavía me duele el bastonazo en la pierna —dijo Jorge, llevándose la mano a la espinilla.

—¡Si ni nos pegó!

—Pero como si nos hubiera pegado.

—Ya, dejen eso y cuéntanos ¿cómo que quieren quitarnos las canchas?

—¿Estás seguro?

—¿Qué no se enteraron? Hubo una junta vecinal y ahí lo dijeron.

—Pero, ¿cómo estuvo?

—Yo oí al arquitecto que les estaba explicando a los vecinos sobre el proyecto.

—¿Y qué dijeron?

—Pues unos dijeron que estaba bien, que era necesario porque aquí sólo nos juntábamos puros vagos y otros dijeron que ya no podían quitar áreas verdes y que los chavos teníamos que hacer deporte.

—¿Y qué es lo que es necesario? —preguntó Poncho.

—Pues no les entendí, pero decían algo así como “jerimpatría”.

—¿Jerimpatría?

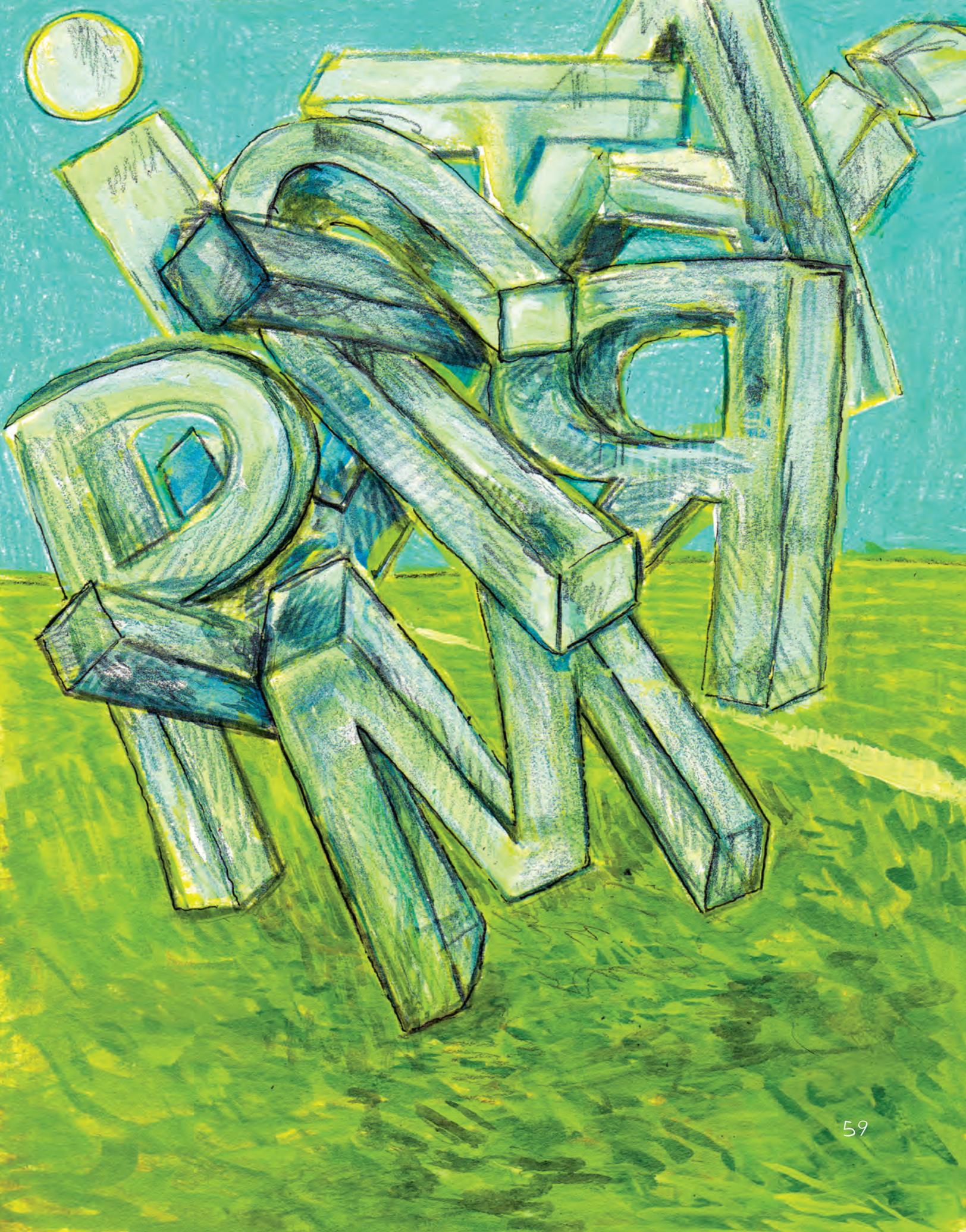
—¡Pues es que hablaban bien rápido y con palabras medio raras!

—¿Y en qué quedaron?

—Yo me salí, porque ya me estaba aburriendo y no supe...

—¡Pues tenemos que investigar! —propuso César.

—¡Nel, qué! Luego se enojan porque andamos de metiches —dijo Jorge.



—¿Qué no ves que nos quieren quitar las canchas?

—Pos a mí ni me gusta el futbol, yo sólo vengo para no estar encerrado en mi casa.

—Yo sí le entro —dijo Alfredo, y los demás poco a poco se animaron a investigar, el único que dudaba era Jorge.

—Está bien, pero si me castiga mi mamá ustedes van a hacer mi tarea un mes.

—Y si no ¿tú haces la tarea de todos una semana?

—¡Así por las buenas mejor voy!

—Mejor ve por tu diccionario y busca qué es una jerimpatría, mientras los otros vamos a ver de qué se trata.

Todos los muchachos comenzaron a correr en varias direcciones, pues Luis les propuso que si se dividían podían investigar más fácilmente. Mientras tanto, Jorge se peleaba con el diccionario.

—Para qué voy de chismoso, si bien saben que los libros no se llevan conmigo, hasta picazón me da en las manos cuando veo un libro cerca. ¡Achis! ¿Y cómo se escribirá jerimpatría? ¿Con *g* o con *j*?

Entre tanto, Luis vio a su mamá regresando del mercado y se acercó con el pretexto

de ayudarlo a cargar la bolsa. Su mamá le agradeció que la ayudara y comenzaron a caminar.

—¡Oye, Ma! ¿Tú sabes qué es lo que van a hacer en el parque?

—¡Ay, hijito!, si ves que apenas me da tiempo de hacer la comida antes de que venga tu papá como para andar en esos argüendes.

—Entonces, ¿no te enteraste?

—No, hijo.

—¡Gracias, Mamá! —dijo Luis antes de salir disparado a buscar a sus amigos.

—¡Luis! ¡Luis! ¡Por lo menos déjame la bolsa del mandado!

Poncho fue directamente al salón de actos, donde vio unos carteles pegados, citando a la gente a la junta.

—Buenos días don Juanito, ¿ya se acabó la junta?

—¡Újule! ¡Desde a qué horas!

—¿Y sabe de qué trató?

—Pues medio oí, pero la verdad no puse atención.

—¿Y por qué?

Don Juanito se puso rojo, rojo y confesó muy apenado:

—Es que... la verdad... me... mido.



—¿Qué dijo?

—¡Que me quedé dormido!

Poncho se aguantó la risa y salió corriendo a buscar en otro lado.

—Gracias, don Juanito.

Una hora después todos regresaron a las canchas.

—¿Alguien investigó algo? —preguntó Poncho.

—Yo no.

—Yo menos.

—Pues yo sólo logré averiguar que cuando preguntas algo que no saben, los adultos se enojan.

—A mí me regañaron por andar inventando palabras cuando pregunté qué era eso de la jerimpatría.

—Pues mi papá se echó a reír y dijo que seguramente venía de “jeringar” a la patria, pero no entendí; y tú, Jorge, ¿encontraste algo en el diccionario?

—Pues encontrar lo que se dice encontrar, encontré varias cosas.

—¿Y?

—Pero ninguna sobre la jerimpatría.

—Pues yo creo que hay que ir con el maestro.

—¿Y si se enoja? Mejor nos quedamos con la duda —dijo Jorge.

—¡Por eso repruebas! ¡Porque prefieres quedarte con la duda que preguntar!

—Yo pensé que porque no estudiaba.

—Vamos a buscar al maestro.

—¡Sí, vamos!

El maestro se encontraba revisando unos papeles cuando se vio rodeado de niños. Estaba sorprendido, pues generalmente no lo visitaban ni en su cumpleaños.

—Oiga, maestro, ¿le podemos hacer una pregunta?

—Sí, dime.

—¿Qué es jerimpatría?

—¿Jerimpatría?

—Ya ves, te dije que no sabía —afirmó Jorge con cara de sabelotodo.

—Efectivamente no lo sé, porque seguramente no existe esa palabra.

—¿A poco se sabe todas las palabras del diccionario? —dijo Jorge.

—No, Jorge, pero casi estoy seguro de que esa palabra no existe. ¿Es un nuevo juego?

—Lo que pasa es que Jorge nos dijo que en la mañana se reunieron los vecinos y que estuvieron discute y discute con un arquitecto y que iban a quitarnos las canchas para poner una jerimpatría.

—Jajajaja —rio el profesor— ¡Ay, niños! Dicen que el sordo no oye, pero bien que compone. ¿Cuál jerimpatría? Geriatría, ge-ria-trí-a.

—Menos mal —dijo aliviado Jorge—. Sólo espero que haya vacuna contra eso.

—¿Saben lo que es geriatría?

Jorge iba a responder, pero todos le taparon la boca.

—No, profesor, no sabemos qué es eso.

—Bueno, geriatría es el estudio de la vejez, y lo que quieren hacer es un hospital de geriatría, para apoyar a

sus abuelitos y a todos los adultos mayores que hay en el barrio.

—Pero nos van a quitar la cancha —dijo triste Poncho.

—Sí, no se vale —dijo Luis.

—Nada de eso, muchachos, para eso son las juntas vecinales, para que los adultos puedan ponerse de acuerdo; y en la junta de la mañana algunos querían quitar las canchas porque les parecía buena idea la clínica y otros no, porque querían que ustedes hicieran deporte.

—¿Y se agarraron a trancazos, para ver quién tenía la razón? —preguntó Jorge.

—Si no estamos en la Edad Media.

—¿Qué es eso?

—Luego les platico, lo que quiero decir es que ya no es necesario golpearse para imponer la razón de unos o de otros.

—¿Así qué chiste? —dijo Jorge.

—¡Chistoso! —dijo el maestro serio—. Lo que quiero decir es que ya no peleamos para imponer nuestras razones, ahora votamos, discutimos, llegamos a arreglos y buscamos la mejor solución para todos.

—¿Y en qué quedaron, Maestro? —dijo Luis nervioso.

—En que ambos grupos tenían razón, que es necesario poner la clínica para atender a los adultos mayores y que también tenían razón los que querían que ustedes hicieran deporte.

—¿Y por qué no nos preguntaron a nosotros?

—Pues porque somos niños —dijo Luis.

—¡Nada de eso! Ustedes también cuentan, y es por eso

que nombramos unos representantes de ustedes para que dieran su punto de vista.

—Pero nadie nos dijo nada.

—Es cierto, pero creo que fueron bien representados, pues Julián defendió con muchas ganas las canchas de futbol.

—¿Y fue sencillo ponerse de acuerdo?

—Al principio no, imagínate a todo mundo hablando en voz alta, sin oír ni dejar oír a los demás.

—¡Y entonces sí se agarraron a trancazos!
—gritó Jorge.

—No, Jorge, no. Lo que hicieron fue llegar a un acuerdo.

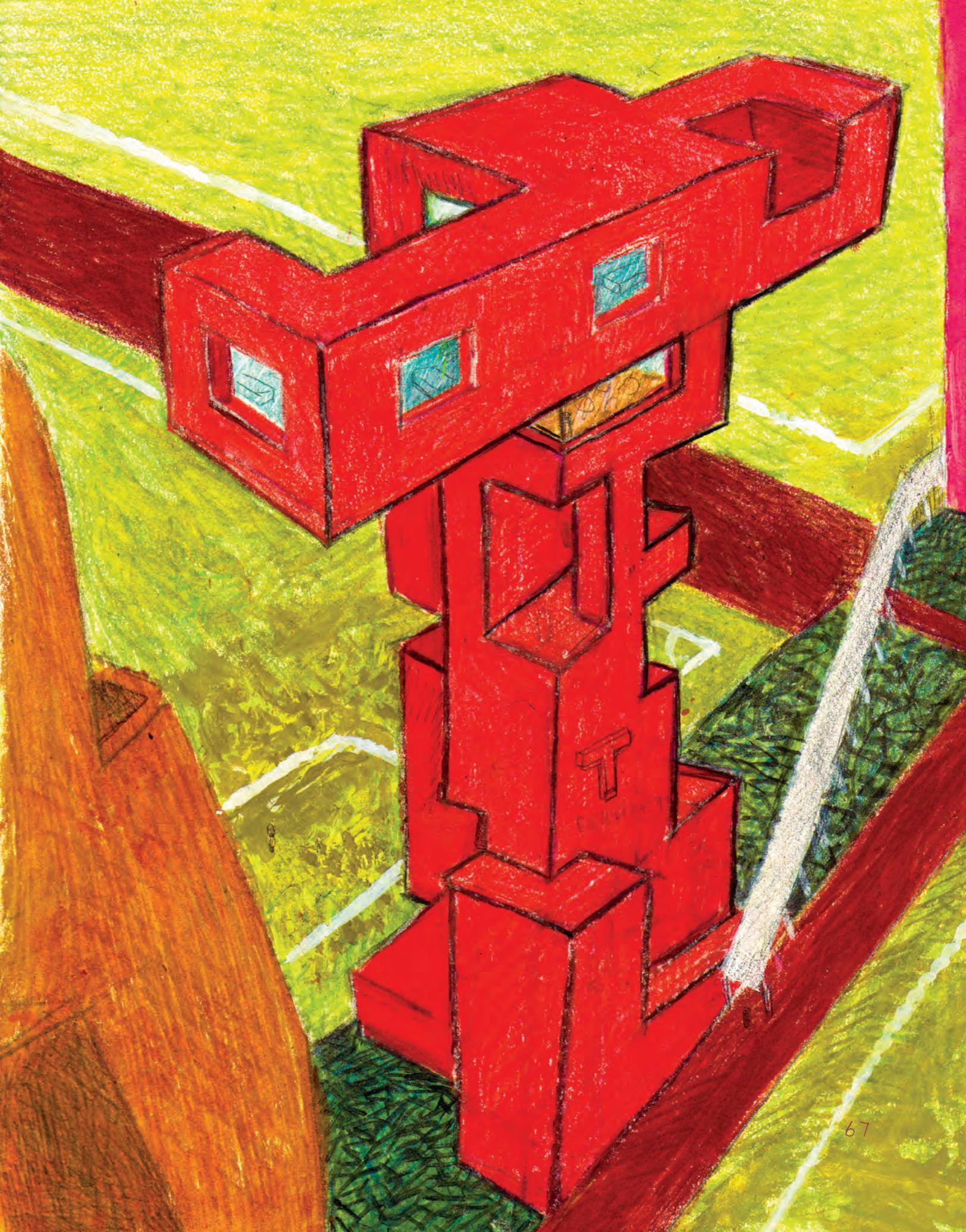
—¡Ya sé! ¡A dos de tres caídas sin límite de tiempo!

—No. Decidieron poner la clínica unos metros más abajo y respetar las canchas. ¡Para eso sirve la democracia! Para llegar a acuerdos y no usar la violencia.

—¿Entendiste, Jorge? —gritaron a coro los muchachos.

—Pos sí, pero al menos se hubieran echado un volado, para hacer esto más interesante.

—¡Ay, Jorge! —dijo el profesor antes de echarse a reír.



La
democracia
y otros
cuentos

Adriana
Valeria
Ortega
Chimal

Segunda categoría, segundo lugar





¡Extra, extra! Adolescente muere al intentar oponerse a que un sospechoso robara los votos de las casillas para la elección del nuevo coordinador del Centro Comunitario de Santa Úrsula Coapa. ¡Qué ironía!, los peritos descubrieron que en su mochila llevaba un cuento acerca de la democracia, el cual iba a entrar a un concurso del IEDF.

Definitivamente hoy no ha sido mi día, con lo tedioso que se me hace escribir cuentos y todavía me ponen a hacer uno que hable de la democracia, ¿por qué de la democracia, habiendo tantos otros temas? No me explico por qué existe la materia de Formación Cívica y Ética si nada más nos dan conceptos y conceptos pero jamás los ponemos en práctica; no tiene caso, yo no he visto que cambie la sociedad.

Desde que nos pusieron esta actividad mi cabeza es una olla exprés que en cualquier momento va a explotar. No sé cómo Itza sólo toma el lápiz y escribe sin parar, hasta pareciese que ya sabe lo que va a escribir; mientras que yo, con trabajo sólo he puesto la primera palabra. ¡Ayyy, qué difícil!, cada vez estoy de peor humor y hasta el profesor me regañó por mi actitud. Lo bueno es que hablando solucionamos el conflicto y ya estamos como si nada. Bueno, un problema menos.

¡Qué bien, ya toca receso! Después de tanto martirio, por fin me siento un poco relajada; voy bajando las escaleras y me encuentro con Cynthia y Marianita. Necesito a alguien con quien desahogarme así que les cuento mi pro-

blema, pero para mi mala suerte ellas también están molestas porque la maestra de taller no fue justa en sus calificaciones y por compararlas con Óscar les pusieron ocho en el mes. ¡Qué injusticia! Pero de todos modos si le reprochas algo a cualquier maestro te responden con lo mismo de siempre:

—¿Quién va a saber más, tú o yo?

Así que ni vale la pena decirles nada, al fin y al cabo ellos tienen la última palabra.

Aguanta, Adriana, aguanta, ya va a ser la salida y todo va a acabar. Veo el reloj y son las dos veinticinco, empieza la cuenta regresiva...diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Ring! ¡Uf! Por fin me voy a casa, pero durante todo el trayecto sólo he estado pensando en el cuento y todavía no se me ocurre nada. Veo afuera de la ventana y contemplo lo jodido que está el país en cuanto a la eficacia de autoridades públicas ¿Cómo es posible que los policías acepten “mordidas”? Qué bajo hemos caído.

Hay un tráfico de los mil demonios; por lo visto, otra vez hay una huelga por la no transparencia en las elecciones. Me acuerdo que hace uno o dos años los seguidores del PRD hicieron un plantón en Reforma por el su-



puesto fraude electoral y hasta pidieron el recuento de los votos casilla por casilla. La verdad es que ni siquiera supe si fue verdad o no, pero lo que sí sé es que a partir de esa situación muchos ciudadanos y ciudadanas perdieron la confianza en el gobierno. Y no los culpo, porque si en los comerciales del IFE nos dicen que nuestro país es una república democrática se supone que el poder debe de residir en el pueblo, y si resulta que lo que quería el pueblo no se tomó en cuenta, hay inconformidad con sistema político del país. Y la verdad es que esto no sólo sucede en cuanto al Estado. Ayer, por ejemplo, fueron las elecciones para designar cuál iba ser el nuevo uniforme de la escuela y ganó la opción por la que

votaron las maestras; eso no fue justo, ellas eran la minoría pero aun así ganaron por ser la autoridad.

¡Ash! Por estar pensando en otras cosas ya perdí el camión. Tengo que apresurarme para ir a sacar mi credencial electoral porque si no, no podré tomar parte en las decisiones del país, y en verdad quiero contribuir a que cambie de manera positiva, para que ya nos quitemos todos esos números uno en delincuencia, secuestros, etc. Al entrar, una señorita muy educada me lleva a tomarme la foto. Pongo mi mejor cara y después de esperar un rato por fin me entregan mi credencial. No sé, el tenerla en mis manos me hace sentir alguien importante, es como si fuera fundamental para el país.



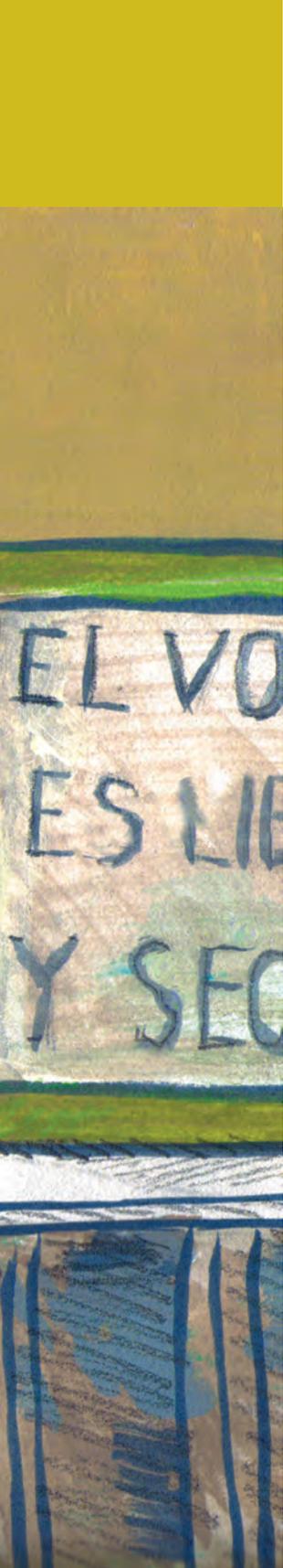


Ya de regreso a mi casa, por fin sé qué poner en mi cuento; es como si una luz divina hubiera penetrado en mi cabezota y me hubiera abierto la imaginación. Estoy segura de que voy a redactar un estupendo trabajo y va estar basado en lo que me ha pasado hoy. Vaya, por fin acabé, ahora tengo que cambiarme e irme a mis clases de danza, no quiero llegar tarde.

Voy caminando tranquilamente, ¿qué es lo que se escucha? Parece como si estuvieran dando un discurso político, ¿de qué será? Sigo caminando y en eso alcanzo a percibir a lo lejos unas casillas para elegir al nuevo coordinador del centro comunitario; pero como todavía no se abren, decido seguir mi camino.

Qué bien, llegué puntual como siempre. En la entrada está la supervisora, la saludo, bajo las escaleras y toco la puerta del salón. Al entrar, el profesor me recibe con un caluroso abrazo y me pide mi punto de vista acerca del programa que vamos a bailar en la presentación de este domingo. Luego me cambio y comenzamos a calentar; en eso va entrando el resto del grupo y al parecer no





les ha agradado cómo organicé el programa, pero como no quiero tener problema con ninguno de mis compañeros, les propongo crear uno que nos favorezca a todos. Ellos aceptan y eso hace que me sienta orgullosa de mí misma porque fui equitativa al dejarlos decidir y opinar.

Ya son las ocho de la noche y ya tengo que regresar a casa. Camino, pero me doy cuenta de que ahora sí ya están abiertas las casillas, y aprovechando que ya soy la voz del pueblo decido ir a votar. Me meto a la diminuta casilla y elijo al representante que más me ha convencido con sus proyectos a largo plazo. Al salir, veo que un señor muy sospechoso con atuendo negro está rondando con una maleta muy voluminosa; me doy la media vuelta y decido irme. Siento como si algo malo fuera a suceder en cualquier momento. En eso, se escucha un golpe muy fuerte, volteo y me doy cuenta de que el mismo señor que había visto se está robando los votos de las casillas. Siento tanto coraje y por impulso corro hacia él para impedir que continúe. Lo golpeo en la cabeza, pero como es más fuerte que yo, me tira al piso; intento levantarme y en ese mo-

mento me entierra una daga justo donde está el corazón. Puedo sentir cómo la sangre sale de mi pecho y empapa cada parte de mi ropa, pero es más grande el enojo de que voy a hacer sufrir a mi familia y amigos sólo por querer defender a la democracia del país, y ni siquiera lo pude lograr, me quedé en el intento. Ojalá que con lo que me pasó el gobierno refuerce las medidas de seguridad en las elecciones y que todos se den cuenta de que hay que aceptar las decisiones que tomó el país, sin recurrir a actos brutales como éste.

Veo solamente sombras y escucho que la ambulancia está cerca. Los paramédicos me suben a una camilla y me meten a la ambulancia. Alcanzo a oír el llanto desgarrador de mi madre y por fin cierro los ojos, esperando un nuevo mañana.





El
otro
planeta
(Niñópolis)

Paulina
Joanna
Pardo
Gil

Segunda categoría, tercer lugar





Era un día común y corriente, me levanté y me fui a la escuela. A la hora del descanso le pregunté al director si me permitía abrir más filas en la tienda y me dijo que no, que sólo si tenía el apoyo de un profesor o un adulto. Me quedé pensando y sentí que para él los niños no podíamos opinar y que además si lo hacíamos nuestra opinión no contaba.

Me fui a mi casa y seguí pensando aquello que me había dicho el director. Les pedí a mis papás su opinión acerca de la actitud de esa persona importante en nuestra escuela, quien no había tomado en cuenta mi opinión, y me dijeron que hay gente que cree que los niños aún no tenemos el razonamiento y la inteligencia de un adulto y que por eso no podemos opinar "razonablemente".

Me fui a dormir y seguía pensando en ese acontecimiento. Cuando me dormí, soñé que vivía en un mundo donde niños y niñas vivíamos con democracia y teníamos en ese sentido los mismos derechos de opinión y decisión que los adultos.

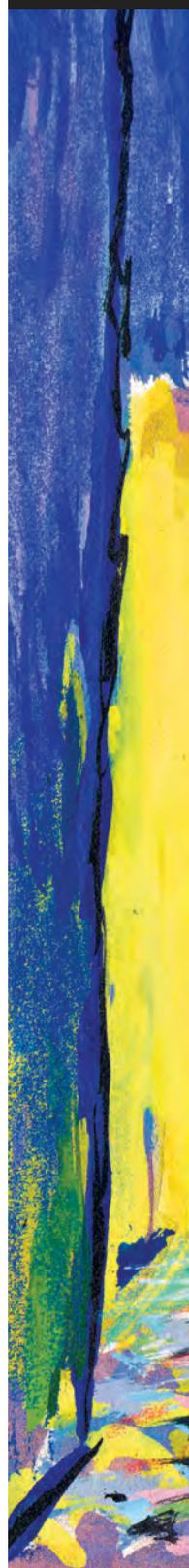
Al despertar, no me encontraba en mi cuarto. Me encontraba en un lugar extraño, era una oficina en la que no había adultos, sino unos niños en traje de negocios. Un niño como de ocho o nueve años me ayudó a levantarme, ya que estaba acostada en el piso en posición de seguir durmiendo. Le pregunté dónde estaba y no me dio ninguna respuesta, se me quedó viendo con una cara extraña, creo para mí que pensó que estaba loca o despistada, así que le seguí preguntando:

—Oye, ¿cómo me encontraron?... ¿Dónde estoy? Tú, ¿quién eres?

Finalmente me dijo que aparecí en la noche, flotando, y que luego, al sentarme en el suelo, no paraba de quejarme de algo.

Seguía sin entender lo que pasaba; vi a mi alrededor y lo primero que apareció fue una computadora. Enfrente de ella había una niña vestida con un traje muy formal, tenía como diez años, me acerqué a ella y le pregunté si podía prestarme la computadora por un minuto. Ella me dijo que con gusto, pero que tenía que esperarla unos segundos. Me senté en una silla, justo atrás de ella, y me asomé por su hombro derecho; al ver la pantalla me di cuenta de que ahí se mostraba lo que parecían cantidades de dinero, datos y gráficas. Pronto ella terminó y me dejó usar la computadora.

Lo primero que intenté fue usar la Internet y localizar el famoso buscador Google. Tecleé rápidamente y no logré entrar, nada más no me apareció la página; volví a intentar, pero lo mismo: nada. Así que tecleé, "Yahoo!", pero tampoco apareció nada en la pantalla. La niña que estaba en la computadora anteriormente me preguntó que por qué escribía esos nombres raros; no le di una respuesta inmediata, lo pensé un poco





y le dije que esas páginas y sitios en Internet los visitaba en el lugar de donde venía y que al parecer era otro muy diferente al suyo, y que por lo visto no sabía ni donde estaba. Ella me respondió:

—Estás en Niñópolis. ¿Cómo es que no sabías de este lugar? Mira, te diré, aquí los niños hacemos, proponemos y votamos sobre nuestras propias reglas, gustos y decisiones. No hay adultos, ellos se quedaron en la Tierra, con sus reglas, leyes y gobierno, y la única forma de comunicarnos con ellos es este tubo.

Me quedé observando el tubo y me di cuenta de que no pasaba de dos metros de diámetro, así que cabría por ahí, máximo, un camión.

Me sentía feliz y triste al mismo tiempo por estar ahí. Feliz porque al fin podría votar y opinar sobre mis propios intereses, gustos y necesidades, sin que los adultos me rechazaran, y triste porque me di cuenta de la dificultad de vivir con los adultos y de su falta de atención a la opinión y sentir de los niños.

Le pregunté a la niña que en dónde podía hablar con el presidente o presidenta, jefe o jefa de ese lugar, y ella me dijo que en el séptimo piso se hacían las citas. Cuando

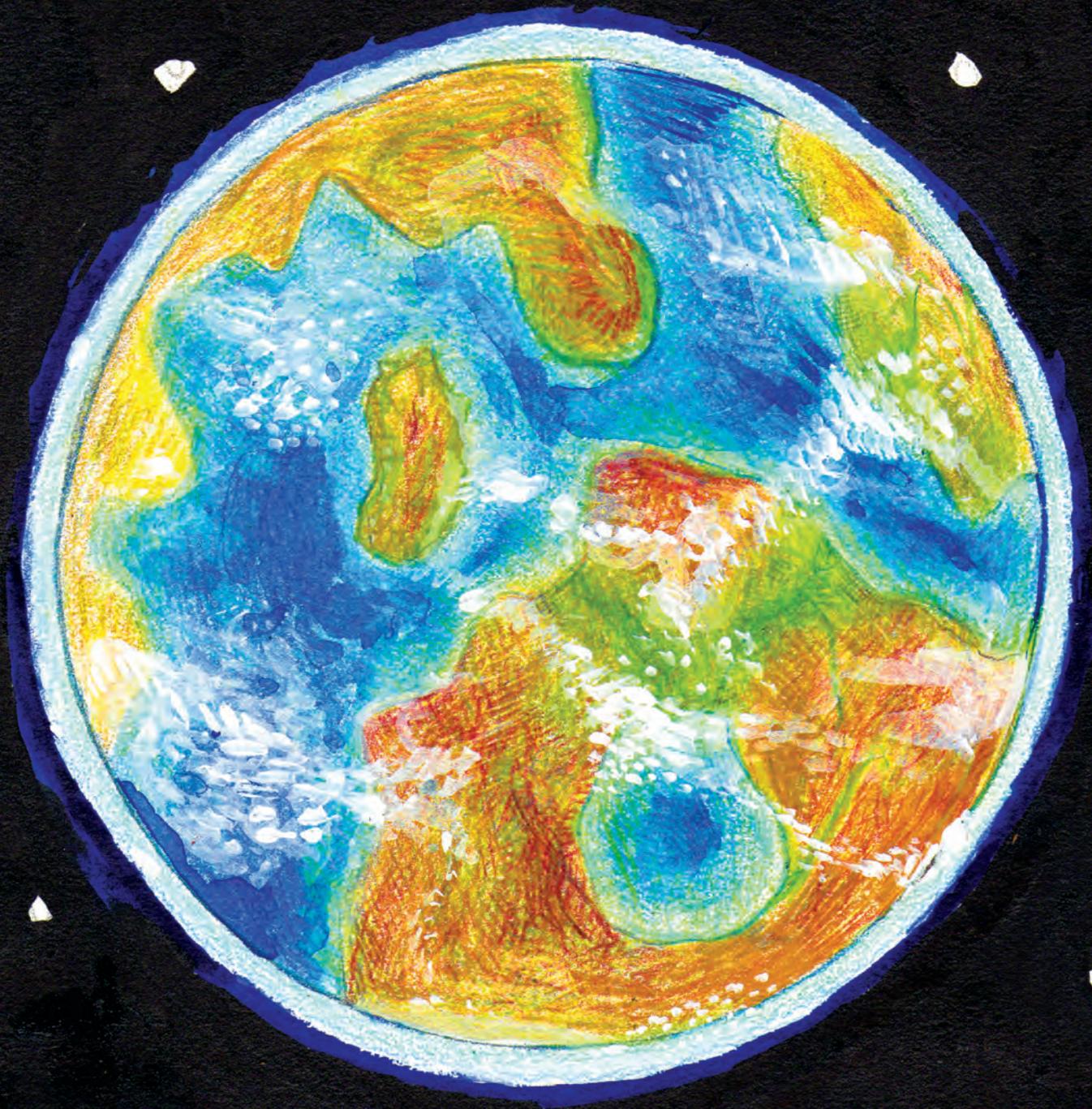
llegué a ese piso, el presidente me recibió felizmente. Aprovechando la oportunidad le pregunté varias cosas, a las cuales obtuve inmediata respuesta. En resumen, lo que me dijo es que un día él y sus amigos fueron a hacer una petición insignificante a una oficina regida por adultos. Considerando que no era de mayor importancia pensaron que les iban a conceder su solicitud, pero para su sorpresa la respuesta fue negativa. Como muchas veces más, la respuesta era:

—No; sólo si te haces acompañar por un adulto y ese adulto pide y piensa por ti.

Así que él y sus amigos decidieron ir a otro lado donde pudieran votar democráticamente por sus propias reglas y necesidades. En el viaje encontraron un pequeño planeta en el espacio donde podría caber todo lo necesario y se instalaron ahí; otros niños se les fueron uniendo hasta que en la Tierra sólo quedaran adultos. Le pregunté que si no extrañaban estar con sus familiares, maestros y amigos adultos, y para mi sorpresa dijo que ya se había acostumbrado a estar así, sólo con niños.

“Ésta es una tierra feliz —me dije—, pero incompleta. ¿Cómo podríamos vivir sin esa conexión, sin ese cariño de los adultos que sí nos entienden, que sí nos dan oportuni-





dades de decisión, que saben que ellos también fueron niños y que algún día soñaron y desearon tener VOZ Y VOTO?" ... Intenté convencerlo de que regresáramos:

—Además —le dije— algún día creceremos y también seremos adultos... Te propongo que para entonces permitamos que los niños y niñas de la Tierra elijan, opinen y voten por sus propias reglas... En sus casa, en las escuelas... Sobre todo porque podremos crear una mejor educación, más integrada y más acorde a lo que signifique transmisión de conocimiento y experiencias con felicidad y armonía, a través de la democracia.

—Creo que tienes razón —me dijo— es importante que lo sometamos a votación. Regresaremos si reunimos 50 firmas de diferentes presidentes de otros países del planeta Niñópolis.

Me decidí a buscar firmas, así que empaqué algo de comida que me compré trabajando con el presidente y me fui alrededor del pequeño mundo en busca de esas firmas. Fue un viaje largo, hice amigos en diferentes países que ni siquiera sabía que existían, había tantas formas de hablar, tantas costumbres, tantas diferentes apariencias.

Logré conseguir todas las firmas e incluso más y se las fui a presentar al presidente; él aceptó la petición y nos dejó regresar a la Tierra. Lo informó en televisión, radio, Internet, periódicos, etcétera. Cuando el día de mudarse llegó, todos nos fuimos en autobuses hacia la Tierra.

Al llegar, los adultos se sorprendieron; nos transportamos a nuestras respectivas casas a encontrarnos con nuestros papás y familiares. Más tarde fuimos convocados a una reunión. El presidente de los adultos nos preguntó:

—¿Qué hacen aquí?, ¿no pensaban vivir en su propia democracia?

Le explicamos que podíamos vivir juntos, y que veníamos a proponerles que los niños también opinen y sean escuchados en sus casas, en las escuelas, en el pueblo en general. El presidente de los niños decidió ir a la oficina del presidente de los adultos; estuvieron hablando por horas hasta que por fin salieron. Ambos se acercaron al único micrófono y dieron un bello discurso acerca de cómo los niños y los adultos podíamos convivir en paz y con un gobierno justo para ambos. Al final dijeron:

—Aquí en la Tierra nuestra opinión se tomará en cuenta, como debería ser.

No sé cómo le hice pero desperté inmediatamente después de eso. Estaba en mi cama, era hora de... ¡¿LA ESCUELA?!

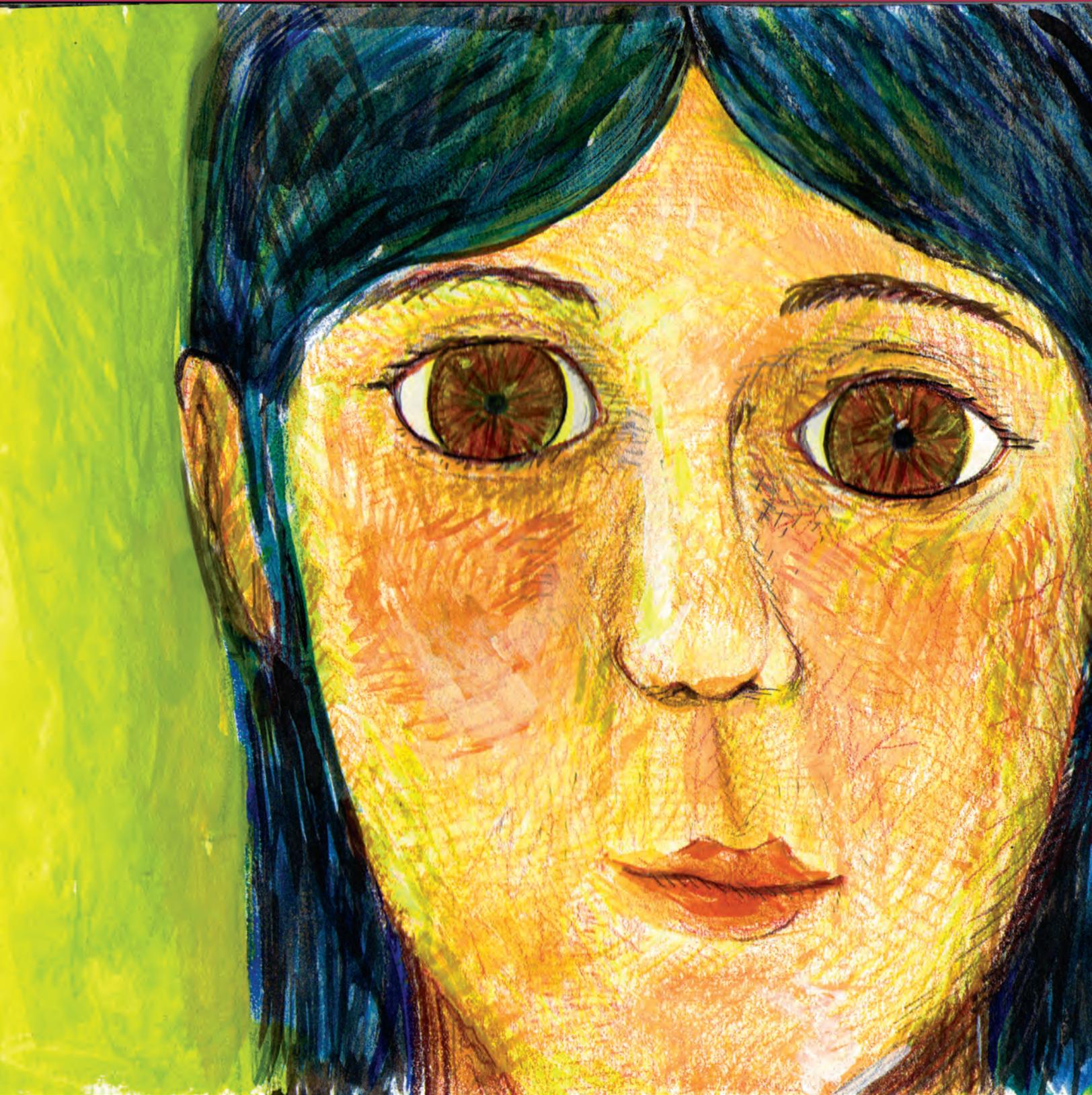




El
mirar
de
Graciela

José
Luis
Almaguer
Zavala

Tercera categoría, primer lugar





Fue en octubre. Mataron a Graciela Corro tras las elecciones. El país se estremeció, lo peor aún estaba por venir. Nadie imaginaba que con la muerte de la candidata las cosas cambiarían tanto. Habían sido ya décadas de falta de transparencia. El partido rojo era siempre el que se llevaba la victoria. Aun a falta de buenas propuestas el pueblo siempre se inclinaba por cualquier otro que no fuera el rojo. La corrupción e inseguridad se habían vuelto ya inquilinos en las vidas de la gente, el narcotráfico era el verdadero gobernante.

Pero esta vez era distinta. Graciela Corro pertenecía al partido rosa y sabía a gloria. Una historia como la de ella sobresalía de entre los demás candidatos. Al igual que otros héroes históricos alrededor del país, Graciela Corro provenía del pueblo, de la realidad colectiva, de las historias difíciles de creer. Nacida en una familia de clase baja, con padre alcohólico y madre sumisa ante los ojos del marido, pero extremadamente violenta ante los ojos de sus siete hijos. Graciela aprendió lo que una niña de siete años no debía aprender aún. Vivió una infancia llena de precocidad, de abuso, de injusticia. Cuestionaba la manera en la que las cosas se distribuían. ¿Por qué, a pesar de mantener la casa, de mantener a los hijos alimentados y abrigados, de trabajar haciendo el aseo en escuelas de paga, su madre no recibía ningún crédito? ¿Por qué sólo podía recibir el insulto y el maltrato de su marido? Ella trabajaba ayudándole a su madre en las escuelas y cuidando a sus inquietos hermanos; nunca descansaba, nunca comía bien, nunca obtenía lo que ella pensaba justo.

Fue en su adolescencia cuando las cosas parecieron empezar a mejorar. Conoció las formas del amor, sus expresiones, sus sonidos y sus sabores. Ella tenía quince cuando conoció a Andrea Sandoval. Iban juntas al bachillerato, provenían de un origen muy distinto. Andrea era una niña bien que vivía en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, su madre era una psicoanalista a la cual nunca en la vida le habían faltado comodidades. Su padre era distinto, provenía de un lugar más cercano al de Graciela, era él quien la sensibilizaba, le acercaba libros y le contaba la historia del pueblo, la historia de toda la sangre e injusticia, la historia de todos los héroes. Andrea creció bastante interesada al respecto y, a pesar de su forma de vida, había encontrado en Graciela la oportunidad de hablar, la oportunidad de ser entendida, la oportunidad de sentirse estable. Graciela y Andrea formaron un lazo sumamente sólido, con el paso del tiempo llegaron a amarse, llegaron a entenderse con miradas, con susurros. Las dos juntas siempre, las dos en participación continua con la comunidad, las dos extremadamente diferentes, las dos extremadamente parecidas, las dos de carácter fuerte, de visiones certeras, las dos preocupadas por las inquietudes de los demás. Varias veces fueron detenidas por participar en movimientos estudiantiles, en marchas pidiendo justicia y equidad. Graciela desde la secundaria había empezado a trabajar por su propia cuenta, atendió locales, hizo el aseo en casas, fue mesera y fue asistente. Ponía todo el sueldo para las necesidades de sus hermanos, para comida, para ropa, útiles. Con ayuda de Andrea supo sacar a sus hermanos adelante.

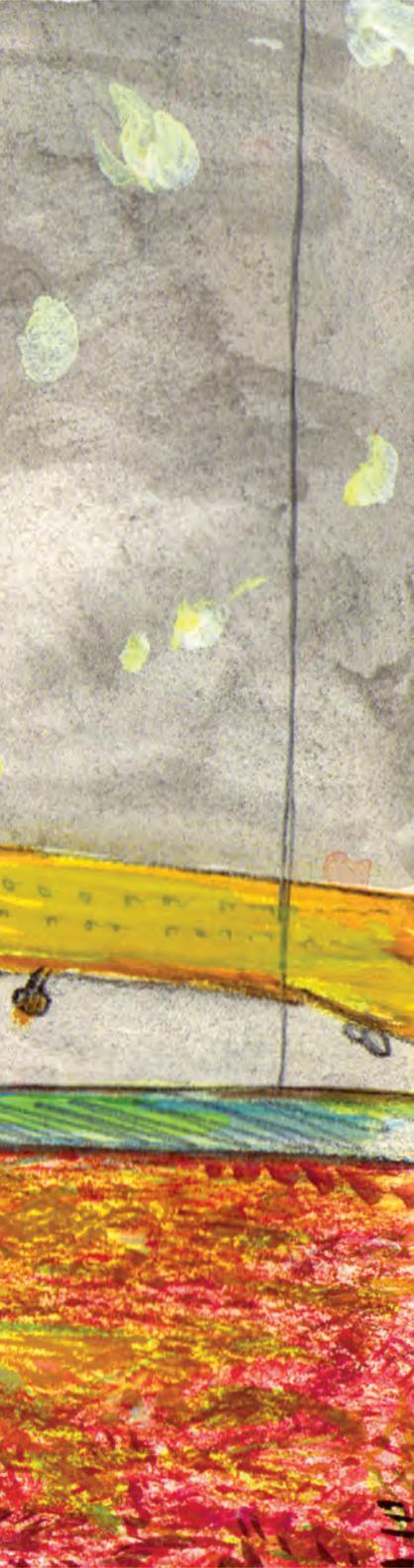


Graciela se fue construyendo un destino sólido, un destino útil, un destino diferente a los que tenían las niñas parecidas a ella. Se construía día a día un destino junto a Andrea. Un destino que inevitablemente culminaría en la tragedia.

Tenía ya los dieciocho años cuando su padre, Moisés Corro, murió. Una noche antes de su muerte ella lo recibió en la casa cuando ya todos estaban dormidos. Él totalmente golpeado, lastimado; ella lo lavó y fue entonces cuando ella tomó la decisión de intervenir, de enfrentarlo. Eran ya muchísimas noches de no dormir. Ella sabía que su padre los amaba. No dio lugar a faltas de respeto, se hizo entender y rompió en llanto. Habían sido ya muchos abusos pero nadie nunca se había atrevido a hablar. El padre se mantuvo callado, escuchando, enterándose, se dio cuenta de su hija, de su edad, de su belleza, de todo su dolor, de todo su enojo y frustración. Al terminar de hablar ella esperaba una respuesta. Él no dijo nada, se fue a su cuarto con su mujer y no durmió en toda la noche; lloró en silencio a sus hijos, a su esposa, lloró porque quería llorar, porque se sentía vacío, porque se acababa de dar cuenta del daño, temió que fuera demasiado tarde. A la mañana siguiente, sin que nadie se diera cuenta, el padre de Graciela se levantó y se fue para nunca volver. Lo encontraron muerto en la calle junto a una señora de treinta y dos años y un bebé de nueve meses. Se había llevado a cabo una batalla entre bandas de narcotraficantes. Balas perdidas mataron a los tres inocentes, entre ellos Moisés Corro, que estaba por entrar a una clínica por iniciativa propia a rehabilitación.

Con la muerte de Moisés llegaron días raros. Ya no había que preocuparse por un padre alcohólico, pero la ausencia mataba. Andrea estuvo con ella todos los días, la apoyó con dinero para el entierro, para su familia. Graciela ya no podía contenerse, sentía mucho dolor y a la vez alivio, sentía que tenía todo y sentía que no tenía nada, entró en crisis y se hundió en la incertidumbre, en una depresión. En la confusión. Andrea actuó. Fue en ese invierno en el que se la llevó a la casa de campo de sus papás, a dos horas de la ciudad. La casa estaba ubicada en el campo con un pueblo a veinte minutos. Andrea consiguió la casa para ellas solas por ese lapso vacacional. Graciela estaba mal, intentaba verse bien para Andrea. Con el tiempo que pasaba la tristeza se iba diluyendo. Iban al pueblo y Graciela veía con la mirada que sólo ella tenía, veía la mala distribución de la riqueza, los trabajos mal pagados, los niños trabajando, las señoras vendiendo artesanías, los señores haciendo sillas de tule. Tanta riqueza encontraba en la pobreza, eran tantas las personas, tantos los sueños, las lágrimas, el esfuerzo, las ampollas. Las cosas no estaban bien, se necesitaba de un factor que cambiara la situación. Andrea arrasó con artesanías, ropa y comida. No había más que paz en la casa, no había más que amor, Graciela vivió feliz esos días, vivió del sonido de la fuente, de los grillos en la noche, del pasto, del amor, de la piel, de los besos y del agua. Por primera vez en su vida podía descansar. Se correspondía a una vida de lucha contra la debilidad. Conocieron campesinos, a sus hijos, a sus esposas, conocieron artesanos, cocineras, brujos, músicos, niños, niñas y trabajadores. Cono-





cieron en ese invierno al amor en pareja y al amor a la tierra, al pueblo. Todos los días del invierno Graciela pensó en su padre, en su muerte, en que no pudo resolver sus problemas debido a la impunidad, a la injusticia, a la violencia. Nada se podía hacer, eran los narcos los que entonces decidían. Ella sabía que no era correcto, sabía que se podía hacer algo, eran muchas las personas que merecían justicia.

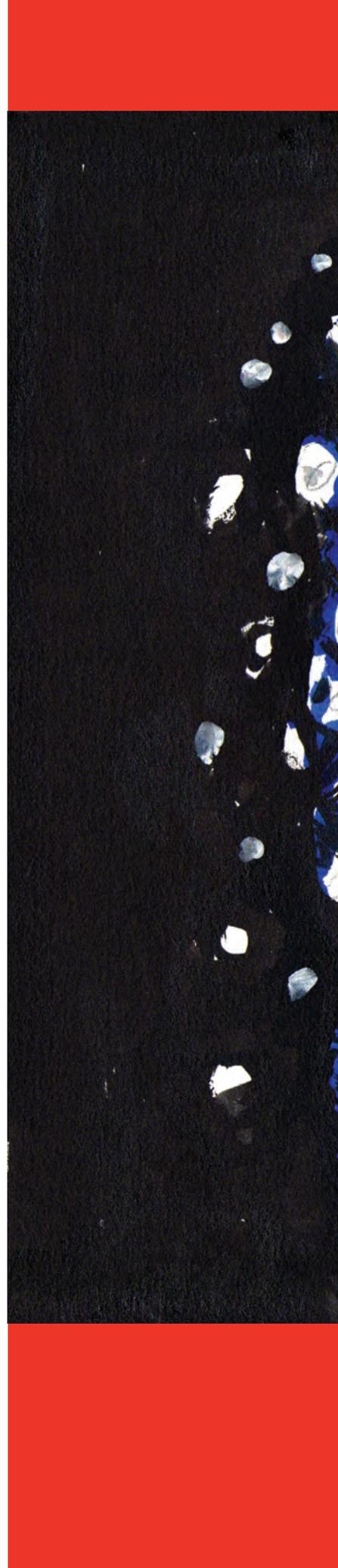
Regresaron a la ciudad con más proyectos que nunca, deseaban terminar el bachillerato para dedicarse de lleno a la política. Así fue, los semestres pasaron rápido, el amor seguía intacto. Graciela logró entrar con éxito a la facultad de Ciencias Políticas en la universidad más importante del país ubicada en la ciudad. Andrea también quedó. Las dos quedaron en la misma universidad, pero Andrea también había quedado en el extranjero. Graciela ni siquiera pensó en estudiar lejos de casa, lejos de sus hermanos, de su mamá. Era una oportunidad única. Estudiar en el país potencia, en el país más estable del mundo, la oportunidad de vivir en una utopía, de aprender de ella. No tuvieron que hablar mucho. Andrea partió a la semana. Se prometieron fidelidad, amor, recuerdo, y a pesar de la lejanía se prometieron cercanía. Se prometieron su propia historia.

La universidad resultaba un mundo lleno de nuevos conocimientos, de autores, de intercambio de ideas, Graciela se sentía como pez en el agua, la gente sabía de lo que hablaba, la gente se interesaba en la política, en participar en

la comunidad. Graciela había podido ahorrar dinero y le puso a su mamá un negocio, los demás hijos lo atendían y las cosas parecían tomar buen camino. Era la nostalgia por Andrea la que a veces le arrancaba lágrimas; aun así sabía que estaba bien, que tal vez existía algo de esperanza.

La escuela iba muy bien y Graciela conoció a mucha gente, hizo muchos amigos con los cuales compartió su vida, sus ideas, sus propuestas; fue cuando Graciela se supo a sí misma carismática, se supo con un poder de convocatoria. Se descubrió política. No tardó en llegar la invitación de Andrea para pasar el invierno en el departamento que sus padres le rentaban al otro lado del globo terráqueo, no lo dudó.

El reencuentro fue apasionante, entre la nieve, el frío y la felicidad de volverse a ver, los besos seguían siendo los mismos. Andrea le presentó a medio mundo junto con el estilo de vida del país, Graciela se sintió enamorada, no había de qué quejarse, todo estaba en su lugar, todo funcionaba. El contraste era más que evidente y fue en ese momento cuando Graciela decidió hacer el cambio. Fue otro invierno junto a Andrea, otro invierno de descubrimientos. Llenas de urgencia, de amor, de poesía, de conoci-





miento. Más unidas que nunca. El invierno terminó y Graciela regresó a su país, a su ciudad.

El partido rojo seguía al mando y Graciela se dedicó en ese entonces a escribir en una revista de análisis político. Criticaba abiertamente al gobierno rojo y daba siempre análisis certeros. Pronto, con ayuda de maestros y compañeros se comenzó a transmitir la versión radiofónica de la revista; era ella la más seguida por la gente. Falta ya poco para concluir con su educación en la universidad. El gobierno se dio cuenta de la popularidad que se iba ganando Graciela y decidieron terminar con la emisión del programa de radio. Graciela seguía cada día más fuerte, con más armas personales.

Su carrera fue siempre para el pueblo, fue siempre para poder brindar vidas con mayor calidad, fue por la justicia por lo que trabajaba, fue por la democracia.

Al regreso de Andrea se fueron a vivir juntas. La visión que tenían era muy clara.

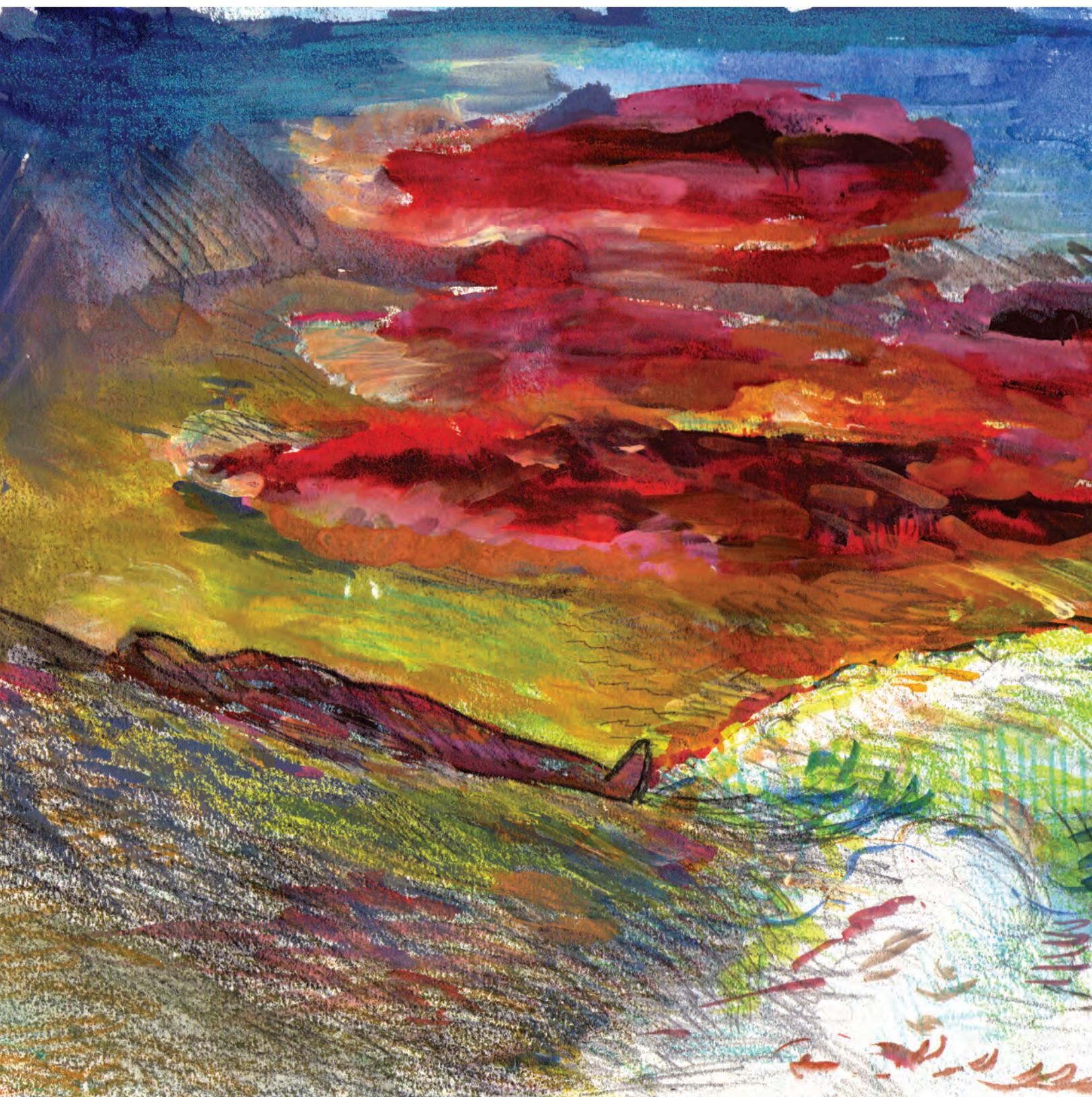
El tiempo pasó, las vidas cambiaron y Graciela recibió la noticia que empezaría por terminar con todo. Era una mañana tranquila y ella se encontraba en su oficina, Andrea le llamó por teléfono. Habían sido

ya las elecciones y el fraude no podía ser mas obvio, en veces anteriores el fraude también se hacía presente pero nadie decía nada por miedo al narco, por miedo de perder la vida. Graciela no le temía a nadie. Sabía lo que se tenía que hacer. Era momento de oler el cambio, era el momento de una revolución. Se sabía preparada y lo era; sabía que el pueblo la apoyaría, no le quitarían lo que se había ganado. No permitiría que ganara el rojo por encima de la democracia, había participado lo suficiente en su comunidad. Merecía la victoria.

A pesar de estar de acuerdo con lo que se tenía que hacer, Andrea tenía miedo, miraba a su mujer organizando juntas, organizando marchas, organizando al pueblo, no podía evitar pensar en lo peor, en la intervención violenta del narco, en la muerte del amor de su vida.

La revolución ya se podía sentir, el grito de equidad también.

Una mañana Graciela ya no estaba; a mitad de la noche habían entrado a su casa, la habían secuestrado, nadie sabía de su paradero y el pueblo estaba más enojado que nunca. Andrea se había convertido en la mujer más triste del mundo, era el infierno, todos los días se despertaba para vivir en el





infierno. No había nada ni una respuesta; el partido rojo había vuelto, Graciela no. Su cuerpo fue hallado después, identificaron su cadáver por la dentadura. Se encontraba en el mar, en una playa del estado vecino.

Andrea dejó de ser ella. Andrea dejó de hablar como hablaba, de vestir como vestía, de soñar lo que soñaba. Sólo tenía sentido hacer justicia, sólo tenía sentido el pueblo. Se prometió a sí misma muchas cosas. Prometió dar ahora su mirar.

Para el país la historia acababa de comenzar, para Andrea la historia no volvería a ser igual nunca, era hora de democracia.

El mirar de Graciela lo había empezado todo, ahora era el turno de una población con un mirar propio, sin miedo, ahora era el turno del mirar de Andrea.

En la casa de campo los recuerdos seguían intactos, seguía una Andrea enamorada de una Graciela, y viceversa, seguía la misma fuente, las mismas pasiones, los mismos sueños, los mismos proyectos y el mismo amor.

El mismo mirar.

El mismo invierno.

Hablando
se
entiende
la gente

Patricia
del Carmen
Pérez
Correa

Tercera categoría, segundo lugar



Ésta es la historia de Sebastián. Él era un adolescente normal y común, con altibajos en la vida (como todos) y con pequeñas peleas con sus padres por los cambios que vivía; como un típico adolescente.

Sus padres estaban divorciados desde que él era pequeño, pero a pesar de todo, la relación y comunicación entre ellos no era tan mala. Tenían un calendario donde marcaban los días de visita de cada uno, las fechas importantes como navidad, vacaciones de verano, etc.; también se dividían los pendientes, las citas con el médico o dentista. Su organización para todos los aspectos era casi perfecta, porque los dos opinaban, votaban y decidían lo que se haría para el bien de su hijo. Y siempre llegaban a un acuerdo que les funcionara a los tres.

Todo era prácticamente perfecto, sin ningún desacuerdo, su organización era muy buena, ya que era como la democracia en el gobierno de algún país o Estado, donde todos aportaban, y las decisiones se tomaban en conjunto y beneficiando a todos los involucrados. Así duró por muchos años (toda la niñez de Sebastián).

Pero los problemas y discusiones empezaron cuando Sebastián dejó de ser niño y

se convirtió en adolescente; estos dilemas se agrandaban conforme pasaban los días, semanas y meses; simplemente, mientras más crecía Sebastián, más problemas había. Por ejemplo, a su madre ya no le importaba el calendario que habían hecho cuando Sebastián era pequeño, ya que cuando quería dejaba que su padre lo viera; si no, lo dejaba esperando hasta que se le diera la gana. Su padre por otro lado no cumplía con llevarlo a ciertas cosas que habían acordado, como la cita con el dentista o a hablar con sus profesores sobre su desarrollo académico.

Al principio Sebastián se metía en esas discusiones, pero sus padres lo ignoraban totalmente. Él, por decirlo de alguna manera, no tenía voz ni voto en su vida. Ellos no se daban cuenta de que le quitaban participación y su forma de decidir se parecía a una dictadura o gobierno autoritario, ya que sólo ellos opinaban. Después de mucho pensarlo y meditarlo, ya no se metía en sus discusiones, porque la primera vez que lo hizo, sus padres, aparte de ignorarlo por casi todo el tiempo que duró su altercado, lo castigaron y le dijeron que en esos temas no se metiera porque no sabía nada y no le incumbían, pese a que era su vida; aunque estar en medio de todo no era muy bueno y no le agradaba para nada.



Un día a Sebastián le tocaba irse con su papá a su casa, pero no quería ya que había planeado con sus amigos ir al cine, y también estaba tratando de conquistar a una chica que le atraía desde que había empezado la secundaria. Él, como sabía que con tal de hacer enojar a su padre su mamá lo ayudaría, le preguntó si podía ir, y ella aceptó sin pero alguno.

Sebastián se estaba preparando para ir al cine, como tenía previsto con su madre, pero su padre llegó antes de lo anticipado y le dijo que ya se tenían que ir. Pero Sebastián le comentó su plan y su padre estalló en cólera, ya que la madre de Sebastián siempre hacía eso. Comenzaron a discutir como todos los fines de semana por todo. Sebastián lo que hizo fue salirse de la casa y simplemente irse con sus amigos. Estuvo muy mal durante el día, porque le daba vueltas a su cabeza sobre todo lo que había hecho y provocado. Incluso, por estar tan mal, no se acordó de que había ido al cine para conquistar a Julieta (su amor platónico).



Las pequeñas discusiones y peleas continuaron como siempre, sin cambio alguno, y los padres de Sebastián seguían sin darse cuenta de que a Sebastián le estaba afectando terriblemente la situación que ellos generaban y le hacía mucho daño.

Unas semanas después llegaron las vacaciones y a la madre de Sebastián le ofrecieron un trabajo fantástico, pero era en otro estado de la república, así que tenía que cambiarse de casa y obviamente cambiar a Sebastián de escuela. Ella, de hecho, tenía la oportunidad de trabajo en Baja California o en el Estado de México, pero con tal de afectar al padre de Sebastián, iba aceptar el trabajo en Baja California.

Durante las vacaciones no hubo ni una plática e incluso ninguna discusión, pese a que ya había ocurrido otro incidente muy parecido al anterior. En éste, Sebastián usó a su padre, en vez de su madre. A él le mencionó que su mamá le había dicho que no tenía que llegar el domingo en la mañana (que era cuando su padre lo dejaba en casa





de su madre), sino que llegara en la noche o al otro día. Esto lo hizo porque por la casa de su papá vivía uno de sus mejores amigos e iba a tener una gran fiesta, pero Sebastián sabía que su madre nunca lo dejaría ir, porque aquella fiesta acabaría muy tarde.

El padre de Sebastián ahora lo recogía cuando le tocaba y lo regresaba de la misma manera, sin siquiera dirigir una palabra a la madre de éste. Tal vez lo que pasaba es que la madre de Sebastián, quien generalmente causaba los problemas con sus actitudes, ya no hacía nada porque se sentía mal de que no había comentado nada sobre el cambio de residencia.

Una semana después, el padre de Sebastián se comenzó a preguntar el porqué del drástico cambio de Elena (madre de Sebastián), pero no se atrevía a decirle y preguntarle directamente. Hasta que un día, invadido por la curiosidad, decidió cuestionarle el porqué y ella nerviosa respondió que simplemente había decidido cambiar. Pero él no le creyó e insistió hasta que ella respondió que se sentía mal porque le había ocultado que tenía un nuevo trabajo. Él se quedó callado por un buen rato y Sebastián, sin que nadie se diera cuenta, estaba en el comedor (que se encuentra al lado de la sala). El padre de Sebastián se fue sin decir nada, estaba como en otro planeta, y la madre se quedó pensando sola en la sala.

Al otro día, después de que Sebastián analizara toda la situación en que sus padres y él se encontraban (que ellos controlaban como querían, sin consultarse primero ni pidiendo opiniones del otro o del mismo Sebastián, todos los

aspectos de su vida), decidió que la mejor solución era hablar primero con su madre, después con su padre y, ya que tuviera las causas de su comportamiento tan infantil y desconsiderado hacia él, los juntaría para conversar y llegar a un acuerdo. Y también se quería disculpar por los incidentes que había provocado cuando pidió el permiso para ir al cine y lo de la fiesta.

Como lo había planeado, habló con su madre; ella le dijo que realmente no sabía por qué ella se había comportado tan mal e irresponsable, pero que tal vez una de las causas es que, mientras más crecía Sebastián, más difícil era para ellos controlar la vida de alguien que ya tenía sus propias ideas y decisiones. Inmediatamente llamó a su papá y él le respondió muy parecido a lo que su madre le había dicho anteriormente.

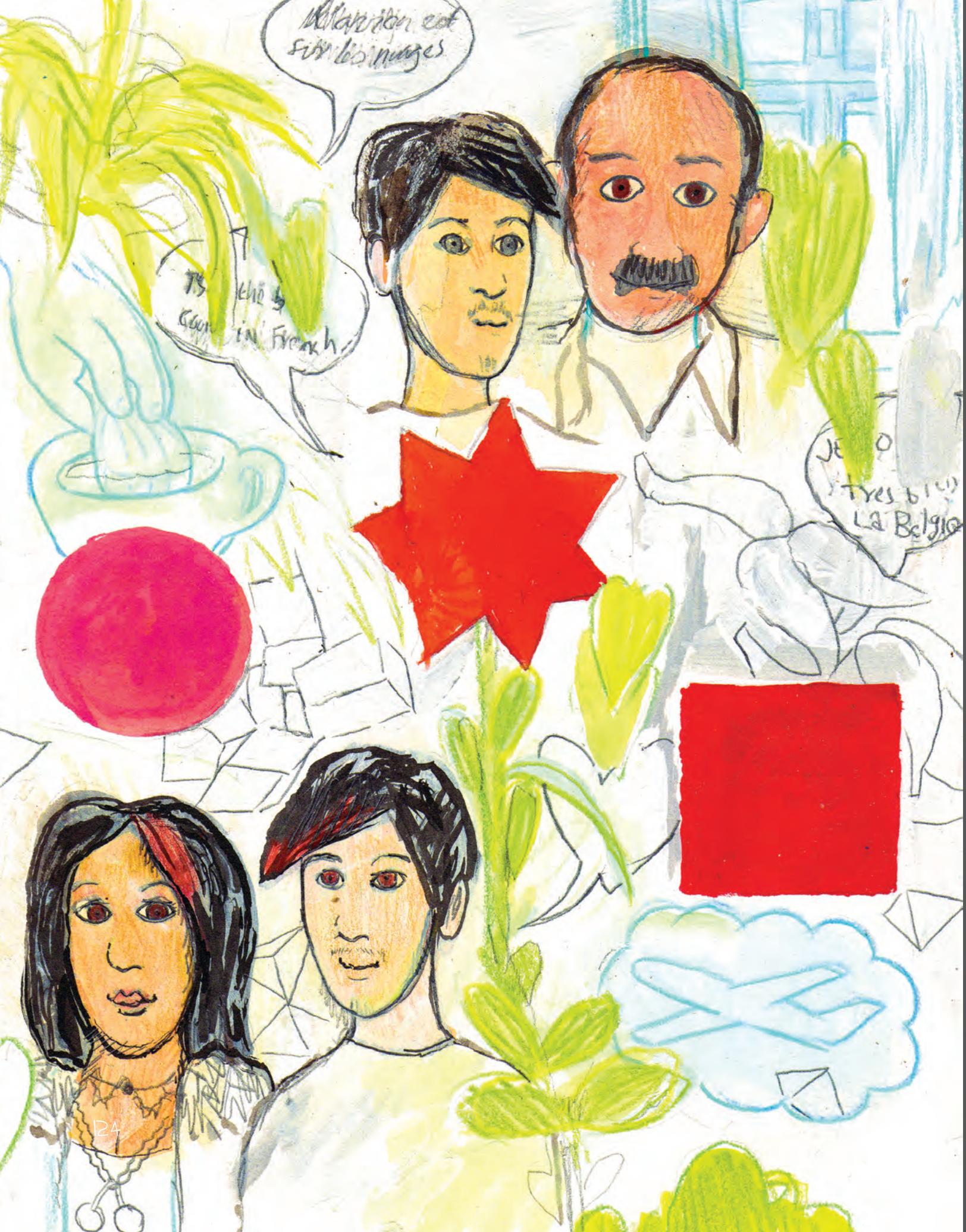
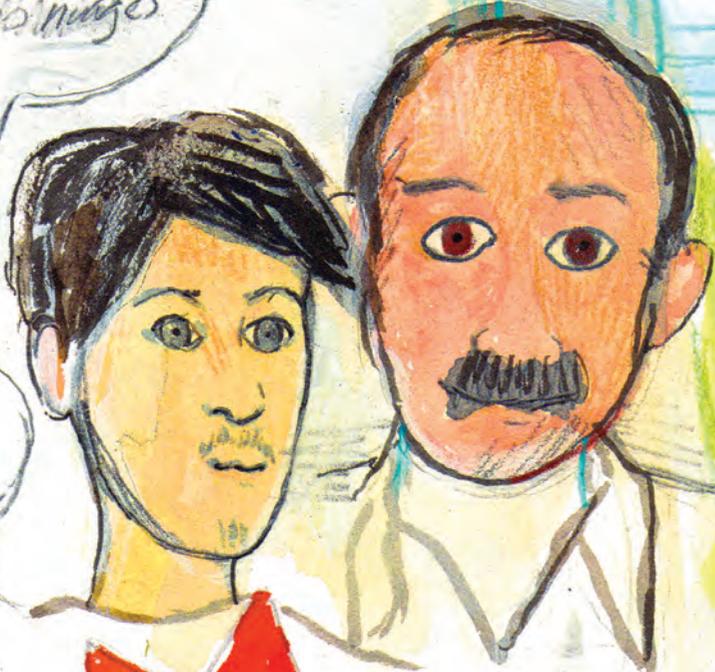
Después de la conversación con los dos se dio cuenta de que de hecho el problema era que no sabían cómo manejar el comportamiento y los nuevos cambios que él sufría. Los reunió e hizo que los tres platicaran tranquilamente, se disculparan por todas las malas decisiones y acciones que habían hecho los tres y que se pusieran de acuerdo sobre su vida. También les hizo entender que la actitud que habían tomado estaba afectando mucho su relación y que poco a poco lo estaban amargando y perjudicando en



Milavron est
sur les nuages

TS
Gou
le 5
in French

JE O
tres bien
La Belgio



una de las etapas más difíciles e importantes del ser humano.

Su madre acordó que aceptaría el trabajo en el Estado de México y no en Baja California como ya había dicho antes; su padre dijo que lo ayudaría más en los cambios que estaba sufriendo, y por último los dos acordaron que tomarían las decisiones en conjunto y tomando muy en cuenta la opinión de Sebastián, para que todo funcionara mejor y él por fin tuviera una parte de control en su vida.

Desde ese día las decisiones respecto a la vida de Sebastián se tomaron en conjunto. Comprobaron que hablar para llegar a un acuerdo era lo preferible y que en democracia la gente se entiende mejor, en vez de pelear e ir destruyendo la vida de su hijo.

Cuentos de niños para niños. Cuentos ganadores del 3er Concurso Infantil y Juvenil de Cuento terminó de imprimirse en Ediciones y Recursos Tecnológicos, S.A. de C.V., Salvador Díaz Mirón 156, edificio B, piso 2, Sta. María la Ribera, México, DF, en diciembre de 2008. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz Flores. El tiraje fue de mil ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché brillante de 200 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Curlz, Frutiger y Kidstuff.